

Noa Pascual



Todo
Un año
De amor

Todo un año de amor
Noa Pascual

Título: Todo un año de amor.

© Noa Pascual, 2017

© Portada, Noa Pascual.

Imágenes de Pixabay.

Correctora: Chris M. Navarro.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta novela, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra los derechos de la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal)

Enero

La apuesta segura

Febrero

Salir del caparazón

Marzo

Amor de juventud

Abril

Fantasmas del pasado

Mayo

El mejor fichaje

Junio

Contratos del destino

Julio

Aprender la lección

Agosto

El triunfo

Septiembre

Flechas de Cupido

Octubre

Mal comienzo

Noviembre

Segundas oportunidades

Diciembre

Amor verdadero

Agradecimientos

Enero

¡Detesto la noche de Fin de Año! Todo el mundo se desfasa, como si no hubiese más fiestas en todo el año. Y eso que aquí, en Las Vegas, está todo calculado y montado para que los trescientos sesenta y cinco días del año parezcan festivos.

Estoy entre bambalinas, en cinco minutos comenzará el espectáculo. Es un lugar privilegiado, desde aquí lo tengo todo controlado: escenario y público.

—El de la chaqueta gris, en el pasillo trece, parece esconder una botella —aviso a uno de mis compañeros.

Observo cómo Harry se acerca al susodicho y le intercepta el alijo.

—Todo controlado, jefe —informa Harry.

Asiento con la cabeza y sonrío.

¡Jefe! Quién me lo iba a decir. Hace cinco años que me ascendieron a jefe de seguridad. Llevo trabajando en este casino desde hace quince años. Y ahí está lo más paradójico, de los quince a los veintidós años, me metía en más líos de los que puedo recordar; lo que menos hubiese imaginado nadie es que acabase trabajando en seguridad.

Supongo que era mi destino. Me he criado entre mesas de juego. Esto es lo que pasa cuando tu madre ha trabajado toda su vida como crupier del casino. Habían dos opciones en mi futuro: estar en un lado u otro del casino; jugador o trabajador. Y aunque durante un tiempo pensé que acabaría perdiendo hasta la camisa, es bien cierto que mis problemas siempre fueron más bien líos de faldas.

¡Las mujeres han sido mi perdición!

—¡Vamos chicas, vamos! —grita el coreógrafo a las bailarinas.

Comienza el ajetreo, las bailarinas corriendo de un lado a otro, sus risas, sus suspiros, sus gritos...

—¡Eh, guapo, deséanos suerte! —comenta una de ellas al pasar por mi lado.

—Mucha mierda —respondo con mi sonrisa cordial.

—Jarvis, espero que nos consigas champán del bueno. —Me exige Doreen, la bailarina más veterana—. El jefe de seguridad siempre tiene enchufe.

—No le hace falta el puesto para conseguirlo —opina Margot—. Ninguna camarera le negaría nada al morenazo de ojos verdes más guapo de Las Vegas.

—Vuestros deseos son órdenes —bromeo, aunque ya lo tengo preparado. Es algo con lo que ya contaba, pues todos los años tenemos el mismo ritual.

Se acercan las ocho chicas para subir por las escaleras que llevan al escenario. Están preciosas, con esos vestiditos tan brillantes y sus plumas de colores que vuelan con sus movimientos.

¡Vaya, vaya, vaya! Parece que la rubita de cara angelical me brinda una sonrisa pícara. La clase de mohín que un hombre sabe reconocer a la perfección. ¡Esta noche triunfo!

Le guiño un ojo y ella en respuesta me dedica un contoneo sensual de cadera. Soy el único privilegiado de esa provocación. Y la verdad, me gusta el detalle.

En cuanto la música comienza y se descorre el telón, centro mi mirada de nuevo en el local abarrotado. La seguridad de estas artistas ahora es lo único importante, más cuando la rubia de ojos como el azul del cielo, puede conseguir que yo acabe empapado en sudor y celebrando en privado que es Año Nuevo.

Me río para mis adentros al recordar a mi madre: «Algún día serás el cazador cazado». Sus palabras

retumban en mi cabeza. Miro el escenario y cuando la mirada cálida de la muchacha conecta con la mía, sonrío pensando que igual a los treinta y ocho años todavía soy un cazador.

Después de dos horas termina el espectáculo. Como este era el tercer y último pase, damos la velada por concluida.

La gente abandona el lugar y por fin podemos relajarnos.

Con copas en las manos brindamos todos juntos por el Año Nuevo.

Kiara se acerca con paso felino, parece una pantera en busca de su presa. Chica lista, porque estoy dispuesto a ser su trofeo.

—Las chicas han hablado de ir a celebrar la entrada del año a una fiesta que organizan unos amigos de Mery —me comenta susurrante—. Aunque preferiría una fiesta más privada.

Intento aparentar calma, aunque ahora mismo lo único que deseo es tumbarla y desnudarla sin perder un segundo más.

Ladeo la cabeza y mi frente queda pegada a la suya.

—Nena, estarías loca si pensaras que me voy a perder esa fiestecita privada entre tú y yo —aseguro—, después de haberme provocado toda la noche.

Kiara suelta una carcajada que se queda ahogada en mi boca, al besarla con pasión.

La gente que nos rodea nos vitorea, y sin pensarlo, me inclino para coger a Kiara y sacarla de este lugar, entre mis brazos. Nos alejamos, escuchando de fondo risas y aplausos.

Al llegar a casa, nuestras bocas se unen una y otra vez. Sin descanso y sin piedad. Estamos muy necesitados el uno del otro. Y sincronizados nos desnudamos, sin prisa pero sin pausa.

En cuanto la tumbo en la cama, me es imposible no mirarla con adoración.

—¿Piensas quedarte ahí mirando toda la noche?

—Nena, las obras de arte hay que admirarlas —respondo a la vez que me acerco a ella.

Kiara suelta una risita que me llena el alma. Es un sonido embriagador, podría pasarme el resto de mi vida escuchándola y sería feliz.

—Siempre tan adulator.

Me encojo de hombros.

Ella acuna mi cara y cuando me veo reflejado en su brillante iris, sé que he sido cazado.

Aunque en un principio la idea era tener sexo salvaje, los besos cálidos, las caricias tiernas y las miradas cómplices, han conseguido que cambie todo, pues en esta cama, solo hay dos personas enamoradas haciendo el amor.

Al caer exhaustos, mientras Kiara se queda encima de mí, con la respiración abrupta, lo único que consigo decir son dos palabras:

—Feliz aniversario.

Levanta la cabeza y su sonrisa de nuevo ilumina la habitación.

—Este es especial —comenta al tiempo que besa mi tórax—. Es el décimo. ¡Diez años, ya! Cómo pasa el tiempo.

Me carcajeo, pues su espontaneidad me ha hecho gracia.

Me inclino y la beso de nuevo.

Se mueve con lentitud y acaba tumbada a mi lado, y los dos giramos nuestros cuerpos, para mirarnos a los ojos.

—¿Alguna vez pensaste que duraríamos tanto? —Me pregunta estudiando mi mirada.

Hago un mohín, dando a entender que lo estoy pensando.

Kiara sonrío y acaricia mi mejilla.

—El día que nació nuestra primera hija supe que este matrimonio sería para siempre.

La respuesta la conmueve, y no miento. En cuanto tuve entre mis brazos a Rosie, recién nacida, me enamoré de ella tanto como de la madre. Y de nuevo esa frase de mi madre: «El cazador cazado». Ya lo creo que fui cazado, y lo mejor, me encanta ser la presa de las tres mujeres de mi vida: Kiara, Rosie y Danira.

—Recuerdo la reacción de mis padres —comenta avergonzada—. ¡Querían matarte!

Suelto una carcajada.

Recuerdo aquel momento como si fuese hoy. Claro que, ahora que soy padre, no sé si yo reaccionaría de igual manera.

Kiara no para de negar con la cabeza.

—Nuestro matrimonio comenzó como sacado de una mala película —rememora el momento—. Los dos borrachos y casándonos en Noche Vieja en una capilla cochambrosa.

Sonrío pero no digo nada, prefiero escucharla.

—Cuando desperté, con la mayor resaca de mi vida —pronuncia divertida—, y vi el anillo en mi dedo —Levanta la mano y lo observa—, pensé que había cometido el mayor error de mi vida; más que nada porque cuando tú te despertaras y recordaras lo que habíamos hecho, ibas a salir despavorido en busca de un juez para anularlo todo.

—¿Eso pensabas? —pregunto incrédulo, nunca imaginé que ella pensara algo así.

Asiente con la cabeza.

—Solo llevábamos saliendo tres meses —me recuerda—. Y yo estaba coladita por ti, pero...

Se queda callada y la invito a continuar.

—¿Pero qué?

Se ruboriza y consigue que después de diez años juntos, mi corazón vuelva a latir como la primera vez que la vi.

—Pero tu reacción de ese día, consiguió que te amara —le brillan los ojos—. Ese día me enamoré sin medida de ti.

—¿Por no salir corriendo?

—Por tu serenidad, tu honestidad, tu manera de mirarme y dar la cara ante mi familia sin avergonzarte de nuestra locura.

Me muevo y quedo sentado con la espalda pegada al cabecero de la cama. Alargo mis brazos y cojo a mi mujer para sentarla encima de mí, estrechándola con mi cuerpo.

—Nena, no fue una locura —aseguro—. Fue el mayor premio que me podría tocar.

Kiara deja caer su cabeza en mi hombro, mientras con su mano acaricia mi pecho.

—Recuerdo cuando abriste los ojos, al mirarme te sobresaltaste...

—¡Estabas pálida! —exclamo al rememorar aquel momento.

Ella besa mi clavícula.

—Ahí me enamoré de ti —reconoce—. Acunaste mi cara entre tus manos y preguntaste: «¿Nena, qué te ocurre?». Lo único que acerté a decir fue: «Nos hemos casado». Tú asentiste y continuaste preocupado.

Solo te importaba que yo estuviese bien, querías llevarme al médico.

Sonrío y beso su cabeza.

—Tu palidez era preocupante —confirmo lo evidente de aquel día.

—Y al ver que continuabas obstinado en llevarme a ver al doctor, te cogí de la mano y la levanté junto a la mía para que vieses las alianzas.

Levanta la cabeza y nos miramos a los ojos.

—Nos hemos casado, te dije con temblor en la voz.

—Y respondí: «Sí, nena, y como prometí cuidar de ti a partir de hoy, voy a llevarte al médico para que nos quedemos tranquilos».

Kiara me abraza con fuerza y pegada a mi oído se pronuncia.

—Y entonces me eché en tus brazos y pronuncié por primera vez dos palabras que hasta ese momento nunca había pronunciado antes, con nadie, ni siquiera contigo, pues hasta ese momento no las había sentido.

Su sinceridad me abrumba, y mi lado romántico —pues mi esposa es la única mujer que ha conseguido que incluso ese aspecto de mi persona salga a la luz—, quiere escucharlas de nuevo.

—¿Qué dos palabras?

Escucho una risita tonta, y sé que la tengo en el bote. Lo sé, y me parece justo, pues ella me tiene a mí.

—Te amo —susurra.

—¿Cómo has dicho?

—Te amo.

Intento echar mi cabeza atrás para mirarla.

—¿Tanto como para tener un nuevo hijo?

Es un tema que desde que nació nuestra hija pequeña, hace tres años, quedó en el aire. Sé que adora su trabajo y tener un hijo a los treinta dos años es casi pedirle la jubilación anticipada. Pocas bailarinas regresan a los escenarios después de los treinta, por lo menos en Las Vegas.

Sus ojos dicen mucho, pero su boca no suelta palabra.

—Diez años en los que has demostrado que vives por y para hacerme feliz —pronuncia con la mirada brillante de nuevo—. Que siempre estás ahí para alejar mis miedos. Te desvives por nuestras hijas, y consigues con tu generosidad a la hora de amarnos, que cada día sea un regalo tu compañía...

—Kiara... —pronuncio su nombre emocionado y ella me interrumpe, poniendo su dedo en mi boca.

—¿Cómo puedes preguntar si quiera? Un hijo contigo es una bendición.

—Pero tu trabajo...

—Tú eres mi prioridad, el trabajo viene y va —asegura.

No puedo escuchar más, la beso con adoración y de nuevo hacemos el amor.

Sus ojos siguen brillando, no sé si es por la emoción de su confesión o por cualquier otro motivo, pero esa mirada consigue que mi corazón lata con fuerza.

Soy el ganador. Por primera vez, hace diez años jugué bien mis cartas. Una borrachera nos llevó al altar y al despertar no quise abandonar la partida. Y esa decisión cambió el rumbo de mi vida. Justo ese día se acabaron las fiestas descontroladas, las mujeres que tantos quebraderos de cabeza hasta esa fecha me habían dado; se acabaron las apuestas sin sentido y las noches de lujuria con desconocidas. Y por supuesto aprendí que en esta vida, el cazador, como bien decía mi madre, acaba cazado. Si alguien se ha

enamorado, sabe perfectamente de lo que estoy hablando, pues en el amor no importa quien se enamore primero, sino lo que sientes cada día desde ese momento.

De nuevo nos dejamos caer exhaustos y sonrío.

¡Cómo te cambia la vida con los años! A los dieciocho quieres llegar a la fiesta de Fin de Año y gustar a todas las chicas. A los veintiocho quieres meterte en la cama de todas ellas. Y a los treinta y ocho lo único que deseas es que tu mujer siga enamorada y aferrarte a ella para que no salga de tu vida.

Con cara de tonto ladeo la cabeza para mirarla de nuevo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, pues sus ojos continúan con ese brillo especial.

—Ocurre que dentro de siete meses aumentará nuestra familia.

Como un resorte me incorporo, arrodillado mirando fijamente a mi mujer.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Ayer por la tarde me hice la prueba —comenta sonriente—. Quería que este fuese mi regalo de aniversario.

La abrazo y cuando la tengo pegada a mi pecho, sé que este año volverá a ser bueno.

Sí, mi mujer, dos hijas y otro bebé en camino, confirman que soy de nuevo el ganador. Si algo he aprendido al criarme en los casinos, es que la única apuesta segura es formar y luchar por mantener tu familia unida. Esa sí es la apuesta segura.

Febrero

Salir del caparazón

No sé para qué me miro en el espejo, no hace falta verme reflejada para saber que mi físico es, por así decirlo, anodino.

Respiro profundamente, no hay nada en mí que destaque. Cuerpo menudo, pechos pequeños, nariz chata, ojos pardos como la mayoría de los mortales... Vamos, de lo más normal.

Intento ahuecarme el cabello, algo inútil, pues mi pelo castaño lacio es una prueba más de que nada en mí es destacable. Si al menos mi melena tuviese algo de volumen, pero no. Ahí está, lisa y con un flequillo que cubre casi por completo mis ojos, algo que saca de quicio a mi madre, pero que a mí me ayuda a esconderme de los demás.

Escucho a mi gata maullar y la miro. Es una siamesa blanca de ojos azules, un color que últimamente me persigue hasta en sueños, y no precisamente por los ojos de mi gata.

—Lo sé, Betsi, esto no tiene arreglo —afirmo mirándome en el espejo.

Hace cinco años que llegué a Nueva York, lugar al que mi madre bautizó como el paraíso de los antisociales. Tampoco hay que tenérselo en cuenta, ya que ella nació y se crió en Beaver, una pequeña localidad en el Condado de Tillamook, Oregón, donde todos se conocen y tus vecinos son prácticamente toda tu familia.

Conseguí una beca en La Escuela de Artes Visuales (School of Visual Arts: SVA), me gradué y fui contratada de inmediato por el Brooklyn Museum, en el que llevo exactamente un año y medio trabajando como restauradora.

Adoro mi trabajo, me encierro en una sala llena de cuadros, sin tener que relacionarme con la gente. Por eso adoro esta ciudad, pueden vivir millones de personas pero apenas conoces a la gente que está a tu lado. Claro que, últimamente parece que el destino quiere castigarme por mi obstinación a relacionarme con el resto del mundo, pues desde hace once meses, un vecino nuevo llegó al edificio de una sola planta en el que vivo. Se trata de un viejo y gigante almacén de típico ladrillo rojo, restaurado, del que aprovecharon el espacio para hacer dos apartamentos, justo encima de un pub, lugar al que mi vecino parece tener especial afecto, pues estoy convencida de que todos los viernes baja para tomar alguna copa y aprovechar para ligar.

Dudo de que ninguna mujer se fuese a resistir al encanto de mi vecino. Si a eso le sumamos su físico, ¿qué mujer no caería rendida ante él? He visto pasar más mujeres por este rellano en un año, que por el museo. Claro que, ahora que lo pienso, lleva más de cuatro meses en los que no he escuchado a ninguna mujer jadear. ¡Ojo, que no es que esté escuchando! Es que la pared que separa nuestros apartamentos, es prácticamente de papel.

Betsi parece leer mi pensamiento, pues se acurruca en mis pies y vuelve a maullar.

Bajo la cabeza para mirarla y me encojo de hombros.

—Sé que tienes razón, no debería pensar en él —digo en voz alta, para mantener una conversación con mi mascota—. Un hombre como Joe no se fijaría en alguien como yo.

Mi pequeña se mueve con rapidez y se planta delante del espejo, mirándose.

Según mi psicoanalista, profesional al que acudo desde hace seis meses, he de trabajar en un pequeño proyecto: Salir una vez a la semana e intentar fraguar amistades nuevas. Empecé a acudir a su consulta tras recibir una amenaza de mi madre por teléfono en la que aseguraba que si no acudía a un psicólogo se mudaría a New York conmigo hasta que consiguiera relacionarme con gente normal (y cuando se refiere a «normal», excluye a mis únicas amistades, que siempre han sido desde hace unos años hasta la fecha de

hoy, gente que he conocido a través de internet).

En fin, que como parece que el doctor y mi madre, por alguna extraña razón tienden a tener sus mentes conectadas, pues ambos suelen pensar igual, así me veo ahora, intentando conectar con la gente.

¿Y cómo se hace eso? Me echo a temblar solo de imaginarlo. Porque vamos a ver... ¿dónde se conoce a la gente? ¿Cómo me presento? Hola, soy Emily, ¿quieres ser mi amigo?

—Grrrrr... —gruño desesperada, Betsi se gira para mirarme y sus ojitos se compadecen de mí.

—Gracias, Betsi, tú sí eres una gran amiga.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Va siendo hora de que me mueva, llevo aquí parada casi una hora y todavía no he conseguido decidir qué voy a hacer.

Doy un par de pasos y tomo asiento en el borde de la cama, me miro las puntas de los pies y decido ponerme las gafas, igual consiguen que vea con mayor claridad... ¡Ni por esas!

Vale, voy a ser optimista. Según mi psicólogo, todavía no he cruzado la línea entre mi extremada timidez y convertirme en una persona con fobia social. Y oye, eso es algo alentador, ¿no? Quiere decir que aún hay esperanza para mí. No es que yo no quiera relacionarme con la gente, es que me cuesta darme a conocer porque siento que nunca estoy a la altura de las circunstancias. Y es que haber sido el patito feo durante tu adolescencia, escuchando la burla de los demás en cuanto a los granos de tu cara, las gafas más horripilantes que a alguien se le ocurrió crear, el pelo aplastado, el corrector de dientes; mientras que al resto de chicas de tu edad parecía que Dios las había bendecido con desarrollar unos pechos que desafiaban a la ley de la gravedad, cuando los tuyos tardaron casi veinte años en aparecer... La verdad, todo eso no me ha ayudado mucho a ser una persona muy sociable, más que nada porque a nadie le interesaba conocerme de verdad.

Me echo hacia atrás y quedo con la espalda tumbada en la cama, mirando el blanco techo. Igual debería llamar a mi psicólogo y decirle que me es imposible salir hoy. Buscaré una excusa convincente y así el lunes cuando llegue a la consulta no me sentiré tan rastrera al mentirle a la cara. Lo voy a hacer hoy sin tener que mirarle a los ojos.

Me muerdo los labios, e intento recordar cuándo fue la última vez que me relacioné con un hombre. ¡Madre mía, casi dos años! Sí, ahora entiendo estos sofocos que me dan cada dos por tres cuando veo pasar a mi vecino. Mis hormonas piden a gritos que eche un polvo. ¡Ya!

Como un resorte me incorporo y sonrío. Acabo de tener una revelación: ¡No tengo que mentir al psicólogo! Este experimento es para que me relacione, y tonta de mí, ya lo he hecho, ¿no? Mi vecino lleva meses llamando a mi puerta; es guapo, pero olvidadizo. Todas las semanas me pide algo que se ha olvidado comprar: azúcar, harina, sal... Y yo lo atiendo siempre e incluso he acabado hablando con él durante más de una hora. ¿Eso es relacionarse, no?

Escucho el sonido inconfundible de la puerta de mi vecino cerrarse, y la cotilla que vive en mí, o la desesperada por alegrarse la vista, sale corriendo para mirar a través de la mirilla intentando no hacer ruido.

¡Ay! Por qué habré mirado. Mis hormonas de nuevo se revolucionan al verlo ahí parado, esperando el montacargas, aparato infernal que tenemos que coger obligatoriamente para subir a casa, pues no hay escaleras en este lugar, tan solo la de incendios.

Me estoy poniendo mala (más bien cachonda), al ver cómo esos pantalones vaqueros de cintura baja se acoplan a su cuerpo como una segunda piel. Debería estar prohibido que un hombre tuviese un cuerpo tan perfecto. Además, hoy no se ha hecho esa estúpida coletita que tanto les gusta ahora a los hombres llevar; hoy se ha dejado su cabello marrón brillante, como el pelaje de un buen caballo semental, suelto, rozando sus hombros. Unos hombros anchos y fuertes, que gritan cuando los ves: «¡Eh, podría llevarte colgada sin

el menor esfuerzo!» Y ahí es donde mi bajo vientre responde siempre: «¡Llévame, llévame!»

El maldito montacargas siempre tarda una eternidad, y justo ahora lo hace a una velocidad récord. ¿No podía haber tardado un poco más? Por lo menos hasta que me hubiese dado tiempo a memorizar su sonrisa y esos dos hoyuelos. O ver que debajo de la cazadora de cuero negra, llevaba una camiseta ceñida de color azul como sus ojos. O... «Déjalo, Emily, o tendrás que cambiarte las bragas de un momento a otro», me recrimino porque si sigo, al final, me las tendré que cambiar de verdad.

Regreso a mi dormitorio dispuesta a vestirme. Sí, puede que no salga a buscar amigos, pero intentaré llevar a cabo mi ceremonia habitual. Todos los viernes a la misma hora salgo de casa en una única dirección: El restaurante chino que hay a una manzana. Oye, es toda una aventura. La de gente que te cruzas por el camino, y lo que tu imaginación vuela al intentar averiguar dónde van y con quién se van a encontrar.

—¿Sabes, Betsi? Igual hoy no debería salir de casa. —Intento convencer a mi gata, aunque está claro que ella no me va a comprender—. Es San Valentín.

Como era de esperar, Betsi me mira y cansada de escuchar mis derrotas, sale corriendo para dirigirse al comedor.

—¡Menuda amiga estás tú hecha! —Le reprocho—. Los amigos están para escucharte.

En fin, abro el armario, saco un pantalón vaquero, una camiseta blanca con un corazón rojo estampado y una chaqueta a juego con el pantalón.

Una vez preparada, vuelvo a mirarme en el espejo. Mis ojos se quedan fijos en el corazón. Al cabo de unos minutos durante los cuales he perdido totalmente la noción del tiempo, noto una gota de agua en mi mano. Miro al techo, ¿goteras? No, no veo ninguna mancha que confirme que hay un problema en la azotea del edificio, por lo tanto, la respuesta es más simple y vergonzosa: esa humedad que ha goteado en mi mano, han sido mis lágrimas.

Me limpio la cara con celeridad, no quiero que quede rastro alguno de mi llanto. ¿Por qué no puedo comportarme como una persona normal? ¿Qué hice mal para que mi vida sea siempre tan negra? ¿Cuando repartieron los boletos de la felicidad, acaso ese día yo estaba durmiendo? ¿Qué hay que hacer para dejar de sentirte avergonzada por todo? ¿El amor es solo para los elegidos? Si es así, nunca volveré a tener novio. Claro que, después de los dos últimos (y únicos) que he tenido, igual es mejor no volver a tener ninguno.

Matt era un golfo que no conocía la palabra fidelidad, ni siquiera buscándola en el diccionario. Y Óscar tan solo quería un lugar en el que poder refugiarse, ya que como no tenía ni oficio ni beneficio, yo era su salvación para no dormir en la calle.

Betsi regresa a mi lado, vuelve a mirarme y me agacho para cogerla en brazos.

—Debe de ser bonito que alguien te quiera, ¿verdad? —pregunto con ensoñación—. ¿Te imaginas lo hermoso que sería poder celebrar, aunque solo fuese una vez en la vida, San Valentín?

Betsi ronronea cuando le acaricio la cabeza.

—Supongo que en mi próxima vida, igual soy afortunada y Cupido me lanza una de esas flechas tan deseadas —pronuncio con derrota, pues en esta vida sé de sobra que no me alcanzará.

Dejo a Betsi en el suelo.

Suena el teléfono y cierro los ojos, ahora me toca librar otra batalla: mi madre.

—Hola, mamá —saludo, pues nunca recibo llamadas de nadie excepto de ella.

—¿Qué te has puesto para salir hoy? Por lo que más quieras, Emily, no se te ocurra salir sin un vestido ceñido.

Me muerdo los labios, me odio por haber puesto al corriente a mi madre de las terapias con el psicólogo.

—Sí, sí, un vestido rojo pasión muy, muy ceñido —respondo intentando aparentar normalidad para que no pille la mentira.

—*¡Emily Whattson!* —exclama, dejándome casi sorda—. *Entra de nuevo en tu dormitorio y quítate esos vaqueros.*

Agrado los ojos, ¿tiene cámaras en mi apartamento?

—¿Quién dice que llevo vaqueros?

—*Jovencita, soy tu madre* —me sermonea—. *Te conozco mejor que nadie, y hoy no saldrás a la calle con ropa que no llame la atención.*

—Pero...

—*¡Pero nada, Emily!* —Ordena—. *Cámbiate de ropa, ponte ese vestido que te compré el año pasado para tu cumpleaños y sal a divertirte como cualquier muchacha de tu edad.*

—¿Y no me puedo divertir con vaqueros?

—*Hoy no* —asegura—. *Llevas meses en terapia, habías avanzado mucho y tu obligación es seguir las pautas que tu psicoanalista te ha dictado. Así que, vístete, mándame una foto y sal a divertirte.*

—Mamá...

—*Emily, tienes veinticinco años, si no disfrutas ahora de la vida, llegará un día en el que te arrepentirás.*

Mis ojos vuelven a encharcarse. ¿Cómo se le dice a tu madre que no puedes disfrutar de la vida porque no sabes cómo relacionarte con los demás? Que cada vez que has intentado abrirte a alguien, solo has recibido traición y burlas. Que tiene una hija que es un completo desastre... No, no hay forma humana de encontrar las palabras que abran los ojos a tu madre. Ella nunca va a admitir que su hija es un fracaso total.

—Está bien, ahora mismo me cambio de ropa.

—*Muy bien, así me gusta* —admite—. *Mañana me cuentas cómo te lo has pasado y a quién has conocido.*

Abro la boca para protestar y la vuelvo a cerrar.

En cuanto cuelgo la llamada, suspiro con resignación. No tengo remedio, me cambiaré de ropa, le mandaré la fotografía e intentaré por una vez, no mentir del todo a mi madre. Y cuando digo del todo, es porque sí saldré a la calle con el vestido, para ir hasta el restaurante chino y regresaré a casa. Así, en lo único que habré faltado a mi palabra, es en lo de salir a conocer gente.

No me puedo creer que mi madre me comprara este vestido. Lleva toda la espalda al aire, además de un escote en pico que te obliga a ir sin sujetador. Menos mal que a partir de la cintura se ahueca y queda suelto, así no me sentiré tan incómoda al caminar. Lo único que me gusta es el tacto suave de la tela, y el color cereza que siempre ha sido mi fruta favorita.

Mi gata me mira, no sé si alguna vez me ha visto así de ataviada.

—¿Crees que recordaré andar con tacones? —le pregunto—. Hace tantos años que no me he puesto unos zapatos con tacón, que dudo que sepa mantener el equilibrio.

¡Increíble! Soy capaz de caminar con soltura.

—¡Mira, Betsi! —le apremio a mirarme—. Fíjate en mi soltura natural.

Bromeo y camino de un lado a otro, contoneándome como las modelos famosas que tanto salen en los

desfiles por televisión.

Le mando a mi madre lo prometido y me lanzo un beso a mi imagen en el espejo.

—Preciosa, estás realmente preciosa —Me piropeo. Total, una mentira más tampoco creo que me vaya a hacer ningún mal.

Llega la hora de salir y noto que empiezo a ponerme nerviosa. Cierro los ojos e intento infundirme valor. Solo encuentro una solución: bloquear por un momento la realidad y adentrarme en un sueño. Sí, eso estaría bien. Cuando era más joven y necesitaba evadirme de la realidad en el instituto, solía crear una realidad ficticia, para poder obviar las burlas de algunos compañeros. Así que, allá voy: «Es San Valentín y tengo una cita muy especial. Un hombre maravilloso está esperándome para llevarme a cenar».

Funciona. Sí. Noto por un segundo que de verdad existe ese hombre y yo estoy nerviosa por lo que la noche me va a deparar; algo bueno, de eso estoy convencida.

Con la autoestima por las nubes y los ojos cerrados abro la puerta, salgo con paso firme y aprieto el botón para que el montacargas suba. Una vez dentro, todavía con la sonrisa tonta en mi rostro, al estar envuelta por mi fantasía particular, llego a la planta baja, y nada más descorrer la pesada puerta metálica, la realidad me golpea doblemente: Una, me doy de bruces con el torso duro de Joe. Dos, arrastrada por la euforia de mi fantasía, he olvidado la chaqueta, el bolso y por consiguiente, las llaves para entrar de nuevo en casa.

Me tapo la cara con las dos manos, avergonzada es poco, pues lo único que se me ha ocurrido hacer es maldecir en voz alta.

—¡Joder!

Escucho una risita mal disimulada y entreabro los dedos para ver a mi vecino mirándome con diversión.

—Per... perdón —me disculpo.

Joe se apiada de mí, lleva su mano a las mías y me obliga a abandonar mi escondite.

Cuando noto su roce, una corriente eléctrica me atraviesa. Sé que ahora mismo mis mejillas están más coloradas que mi vestido.

—Estás muy guapa, ¿vas a alguna parte? —pregunta escrutándome con la mirada.

Ahora viene la parte complicada. Decir la verdad es asegurar que soy más patética de lo que debe de pensar que soy en realidad. Y mentir, aunque estoy acostumbrada a hacerlo (o por lo menos en cuanto se refiere a salir airosa con mi madre), no me parece justo, ya que Joe, por así decirlo, es lo más parecido a un amigo que tengo. A ver, hablar con él una vez a la semana durante más de una hora, se podría considerar un amigo, ¿no?

—¿Tienes una cita? —indaga alarmado.

¿Ha sido un gorgorito lo que he notado en su voz? Debo de estar mal del oído, dudo que este hombre se altere por imaginar que yo pueda tener una cita.

—No exactamente —atino a decir.

Su expresión me turba, ha suspirado y no sé si su tono ha sido de tranquilidad o por el contrario de frustración.

—¿Qué ocurre, Emily? —se preocupa al ver mi desazón. Y ahora desearía pedirle que repitiera mi nombre, pues suena muy sensual con su voz.

Niego con la cabeza y me retuerzo las manos.

Joe se adelanta y al entrar en el montacargas, siento que el aire se condensa. Su aroma me trastoca y

por su culpa pierdo la poca cordura que me quedaba; si es que alguna vez la he tenido.

—¡Me he dejado las llaves en casa! Y mírame —Me señalo con las manos subiéndolas y bajándolas—. ¡Nada me sale bien! Se suponía que hoy tenía que salir, divertirme y conocer gente —digo del tirón—. Se supone que eso es lo que hace la gente normal, ¿no?

Joe agranda los ojos, no entiende mi arrebató. Normal, tiene delante a una pirada y el pobre se está comiendo el ataque de histeria que no soy capaz de controlar.

—¡No se te ocurra ir a un psicoanalista! —grito descontrolada—. Además de sacarte el dinero, te obliga a hacer tonterías. ¡Buscar amigos! ¿Qué te parece?

Al pobre no le parece nada, pues es incapaz de pronunciar palabra. Lo que sí hace, es darse la vuelta, cerrar la puerta metálica y apretar el botón para subir a nuestros apartamentos. Debe de estar rezando interiormente para que por una vez en la vida, este viejo montacargas sea más rápido de lo normal.

Pienso seguir despotricando pues ya metidos en faena, quedar de un poco más histérica tampoco será un problema; dudo que después de esto vuelva a llamar a mi puerta para pedir sal. Cuando mi boca está a punto de escupir todo cuanto me viene a la cabeza, observo un movimiento extraño en él, como si se escondiera. ¡Comprensible, estoy segura de que le encantaría tener poderes y desaparecer!

—¡Ah! —exclamo al notar un movimiento extraño.

¡Nos hemos quedado encerrados! Se ha detenido el montacargas a mitad camino.

Joe se da la vuelta con lentitud, imagino que piensa que voy a montar en cólera y gritar como una posesa.

Inspiro fuerte. Después del numerito que he montado, quedarme atrapada con él es lo más vergonzoso que he vivido en mi vida. ¡Y mira que he vivido momentos fatídicos!

No puedo mirarle a la cara, así que me alejo cuanto puedo, ya que el habitáculo es muy largo y tiene justo al fondo un tablón para poder ser utilizado como asiento.

Vuelvo a taparme la cara con las dos manos y respiro una y otra vez, intentando calmar mi nerviosismo, algo que no sucederá, pues mientras él esté tan cerca, será imposible.

—Entonces no tenías una cita, ¿no?

De todas las cosas que podría esperar, justo esta pregunta es la que menos hubiese imaginado.

Levanto la cabeza y bajo las manos. Necesito ver con mis propios ojos que Joe está ahí, de pie, tan calmado, preguntando lo que ha preguntado.

Niego con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra.

Sonríe con satisfacción y levanta una bolsa que lleva en la mano. Hasta este momento no me había dado cuenta de que iba cargado.

—En vista de que nos hemos quedado encerrados —aduce, por si no me hubiese percatado de ese detalle—. Podríamos cenar juntos.

Pestaño varias veces, ya no sé si esto es real o si sigo soñando despierta.

Al ver que no soy capaz de responder, se sienta en el suelo, saca una especie de mantel de papel a cuadros rojos y blancos, una botella de vino blanco, y tres cajas de comida china. Alarga su mano y me tiende los palillos, en una clara invitación a que me acerque y tome asiento junto a él.

Al mirarlo a los ojos, siento que el lugar se ilumina, como un cielo despejado.

Como una autómatá me acerco hasta Joe, intento buscar la posición perfecta y agradezco interiormente que el vestido tuviese vuelo, así no me sentiré más incómoda de lo que me siento.

—¿Llevas un sacacorchos? —pregunto un tanto alucinada, pues no es muy común portar este objeto.

Joe asiente con satisfacción.

Mientras se encarga de la botella de vino, me fijo en el logo de la caja del restaurante. ¡Es mi favorito!

—¡Mierda! —maldice casi para sí mismo, pero lo he escuchado—. Se me han olvidado las copas.

Agrandando los ojos, ¡Oh, no! Había ido a comprar la comida, porque iba a preparar una cena para su cita de esta noche.

—Joe —pronuncio derrotada. Voy a ser justa, esa chica no se merece que yo me coma su cena—. Cuando llegue, podrá ayudarnos a salir de aquí. Pedirá ayuda al dueño del pub y nos sacarán.

El montacargas por las mañanas es utilizado por los repartidores del pub, lo usan para bajar la mercancía al sótano.

—¿Cuando llegue quién? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Tu cita de esta noche.

Sonríe con timidez y dudo de que alguna vez haya visto una expresión facial tan maravillosa.

—Emily, mi cita de esta noche eres tú.

—¡¿Yo?! —exclamo.

Lo sé, lo sé, no he debido gritar tanto, pero es que me ha dejado conmocionada.

Deja la botella de vino con cuidado. Levanta la cabeza y una de sus manos, la lleva justo a mi mejilla.

—Ya no me quedaban más excusas —dice al tiempo que me acaricia con suavidad el rostro—. Ibas a pensar que soy un gorrón.

Trago con dificultad.

La piel se me ha erizado con su contacto.

—Excusas —repito, pues no sé qué más decir.

Asiente de nuevo con la cabeza.

—No soy un hombre muy lanzado, Emily —confiesa avergonzado—. Normalmente son las mujeres las que se acercan a mí. Y cada vez que he llamado a tu puerta para pedirte algo, rezaba con la esperanza de que tú acabases dando algún paso más entre nosotros.

Creo que me falta el aire. ¡Qué está diciendo este hombre!

Ve mi expresión y sonrío.

—Hace dos semanas descubrí que tú no darías ese paso.

Vuelvo a tragar con dificultad, pues su dedo índice y corazón recorren todo mi cuello, con tranquilidad, con elegancia, con seducción, bajando con lentitud, hasta quedarse parado justo en el pico del escote del vestido.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunto con la respiración algo acelerada, por culpa de lo que me provoca su contacto.

Joe se pone en pie, y me invita a imitarlo.

Una vez los dos en pie, me aparta el flequillo de los ojos, quiere mirarme a los ojos.

—He de agradecer que la pared que separa tu apartamento del mío sea tan fina, porque tus charlas con Betsi han resultado ser de lo más entretenidas y estimulantes.

Mi reacción es taparme de nuevo la cara.

Su reacción es apartar mis manos y pronunciar con voz sensual la siguiente frase.

—No te escondas más de mí —suen a ruego—. Lo creas o no, a mí también me cuesta expresar a los

demás lo que siento.

Da un paso y su frente queda pegada a la mía.

—Me daba miedo que me rechazaras —pronuncia susurrante—. Pero más pavor me dio, cuando le explicaste a Betsi que tenías que salir a conocer gente.

Me sonrojo, pues saber que él ha escuchado todo cuanto le he dicho a Betsi me parece vergonzoso.

—Me lo pidió el psicólogo —confieso sincera.

—Y gracias a él yo he dado el paso que necesitaba para no perderte.

Y su boca se junta a la mía.

¡Qué bien besa! Será tímido, pero se sabe manejar muy bien en las distancias cortas.

—¿Esto significa que a partir de hoy podremos hablarnos sin buscar excusas ni utilizar a Betsi como confidente? —me pregunta mientras traza un reguero de besos por todo mi escote.

—Me encantaría —reconozco en voz alta con una gran sonrisa.

Joe se separa un momento, recoge la comida, la botella, el mantel y vuelve a guardarlo todo en la bolsa. Saca un mando a distancia y lo aprieta, consiguiendo que el montacargas de nuevo funcione.

—¿Lo habías parado tú?

Se encoge de hombros.

—No quería que te me escaparas.

Su respuesta avergonzada, me conmueve. Y por primera vez en mi vida siento que voy a ser lanzada, pues le abrazo con fuerza y le beso dejándolo turbado, no esperaba mi reacción.

Joe, con la bolsa en una mano y sujetando la mía con la otra, con paso decidido me guía hasta su puerta.

Deja en el suelo la cena y sin soltarme de la mano, abre su puerta.

—¿Quieres saber lo que me muero por comprobar? —me pregunta con una sonrisa tímida.

—¿Qué?

—Todas esas cosas que le asegurabas a Betsi que me harías si pudieras.

Y al ver su sonrisa canalla, en vez de sonrojarme como esperaba, me siento osada. Doy un paso al frente para entrar en su casa, tiro de él con fuerza, y le beso con toda la lujuria que hay en mi interior.

—Prepárate, porque ya no vas a querer tener más citas con otras.

Joe se carcajea, me empotra contra la pared y pega su cuerpo al mío.

—De eso estoy seguro —afirma—. Y voy a hacer lo posible para que tu psicólogo no vuelva a pedirte tonterías.

Y así, sin más, me entrego a la pasión en la noche de San Valentín. Ya puedo decir que no me moriré sin haber tenido en esta fecha una cita.

Pasamos media noche retozando en la cama. Y cuando ambos nos miramos a los ojos, nos damos cuenta de que la magia del amor nos ha tocado con su flecha mágica. Ahora sí voy a aprender a disfrutar de la vida.

Marzo

Soy incapaz de dejar de mirarla. Es tan bella, tan femenina, tan elegante, tan sonriente...

—¿Pensas hacer algo o vas a pasarte la vida mirándola? —me pregunta mi amigo y socio de la discoteca que tenemos a medias.

Aparto la mirada del monitor en el que Verónica aparece, detrás de la barra, atendiendo a los clientes.

—¿Qué quieres que haga?

Marcos baja los documentos que sostiene en la mano.

—Habla con ella, por ejemplo —pronuncia irónico.

—Sabes de sobra que cada vez que me acerco a ella, sale despavorida.

Marcos suelta una carcajada y se sienta en la silla que está encarada a mi mesa.

—A veces pareces tonto —me sermonea—. Hay cientos de locales en Madrid, podría haber pedido trabajo en cualquier otro, pero lo hizo en este, consciente de que tú eres uno de los dueños.

—¿Y qué? —razono—. Sabía que aquí tendría más posibilidades de entrar a trabajar.

—¿Lo sabía? —indaga.

Desvío la mirada por un segundo al monitor, para verla de nuevo.

—Nuestras familias tienen muy buena relación —aseguro—. De haberle negado el trabajo sus padres se hubiesen sentido molestos.

Marcos hace una mueca cómica.

—Sus padres...

—¡Sí, sus padres! —exploto—. Viven justo enfrente de la casa de mis padres, me han visto crecer desde que nací.

Marcos se inclina, cruza los brazos y los apoya en la mesa.

—Héctor —pronuncia bastante serio—. Su padre es notario, su madre es juez, ¿y ella pide trabajo de camarera en una discoteca?

Levanto las cejas.

—No necesita este trabajo, o por lo menos no el dinero para subsistir —aclara—. Si está aquí es porque también quería tenerte cerca.

Sonrío con tristeza.

—Hazme caso —me aconseja—. Habla con ella.

Miro de nuevo a Verónica a través del monitor.

—¿Y cómo lo hago? Ya te he dicho que cada vez que me acerco sale corriendo en dirección contraria.

Mi amigo se pone en pie, sonrío y niega con la cabeza.

—Bueno, según lo veo yo, tú eres el jefe, si la llamas a tu despacho tendrá que acudir, ¿no?

Entonces me ofrece la excusa perfecta, al extender su mano y entregarme el documento que me permitirá poder hablar con ella.

—Ha pasado los días de prueba, hay que hacerle un contrato.

Sonrío y alargó mi brazo, cojo el teléfono y marco el número interno, para avisar al jefe de barra de que Verónica tiene que subir al despacho inmediatamente.

Mi amigo se marcha riéndose.

Observo a Verónica y su gesto de sorpresa al avisarla.

La persigo a través de todas las cámaras, siguiendo sus pasos hasta que llega a mi despacho. Cuando llama, apago los monitores.

—Adelante.

Al entrar se sorprende, imagino que esperaba encontrarse a Marcos.

—Por favor, toma asiento —le indico con la mano para que se siente en la silla que ha utilizado Marcos hace un rato.

Verónica se acerca sin vacilar, erguida y sin apartar sus ojos de los míos.

¡Por qué tiene que tener esa mirada tan verde como la hierba húmeda recién cortada!

—¿Sucede algo? —pregunta con esa voz dulce que soy incapaz de olvidar.

—Mi socio y yo hemos estado hablando —comunico para que no salga corriendo—. Nos gustaría saber algunas cosas más sobre ti.

Arquea las cejas.

—¿Por qué? —pregunta a la defensiva.

—Nos gusta saber a quién contratamos —aseguro para que no piense que esto es algo personal. Aunque lo es, ya lo creo que lo es.

Me estudia intentando buscar un resquicio para delatarme, pero no pienso darle ese placer.

—Ya entregué mi currículum.

—Vero...

—Verónica —me corrige.

Asiento lentamente.

—Verónica —repito—. Nos ha gustado tu forma de trabajar, estamos interesados en contratarte y para ello hay ciertas cosas que nos gustaría aclarar.

—¿Cómo qué? —Se interesa rauda, demostrando que sigue a la defensiva.

—Para empezar, ¿por qué quieres trabajar aquí?

Ahora soy yo el que estudia su reacción. Por primera vez desde que ha entrado en este despacho, la he notado inquieta. Le molesta dar una explicación y eso en parte me motiva a insistir, ya que Marcos puede que tenga razón y no lo tenga todo perdido con ella.

—¿Y bien?

Clava su verde mirada en mis grisáceos ojos y parece perdonarme la vida.

—¿Por qué quiere trabajar la gente? —Se expresa intentando dejarme por estúpido—. Por dinero.

Me molesta que me mire mal.

Cruzo los brazos, me echo hacia atrás en mi asiento y con desgana me pronuncio.

—Alguien como tú no necesita trabajar en la noche.

—¿Alguien como yo? —inquieta ofendida, esperando una explicación por mi comentario.

—Sí, Vero... —me corrijo con rapidez—. Verónica. Tú no tienes la necesidad económica que sí tienen la mayoría de tus compañeros.

Se pone en pie como un resorte y me acusa con el dedo índice.

—¡Qué sabrás tú!

La imito y me pongo en pie también, con la mesa como única separación entre nosotros.

—¿Vas a decirme que necesitas este sueldo de camarera para subsistir?

Sus fosas nasales se ensanchan.

—Muy bien, no quieres darme el trabajo —comenta derrotada—. Ya buscaré otro.

Y sin más, se dirige hacia la puerta.

En dos zancadas llego hasta ella. Hago fuerza con un brazo para que no pueda abrirla, y me quedo pegado a su espalda, inhalando ese aroma tan dulce que siempre la caracteriza por el perfume que utiliza y que después de diez años no ha cambiado.

—No recuerdo haber comentado que no quiera darte el puesto —susurro con los labios pegados a su oído—. No pongas en mi boca palabras que no he dicho.

Cierro los ojos e intento mantener el tipo, tenerla tan cerca y no poder besarla me está matando.

Verónica no se pronuncia, pero sí noto su temblor.

¿Es posible que esté tan nerviosa como yo?

Su cabello sedoso, tan oscuro como la noche sin luna, se mueve, avisándome de que va a girarse.

Me niego a apartarme. Por poco que sea, este pequeño contacto entre nosotros me hace latir el corazón como hacía años que no había latido con ninguna otra mujer.

He podido rozar con mis labios su cabello y rezo para que me deje rozar también sus labios.

Verónica se pega a la puerta evitando de esa manera que haya ningún tipo de contacto entre nuestros cuerpos.

Doy dos pasos hacia atrás, dándole espacio.

—No necesito el dinero para poder vivir holgadamente —se sincera—. Puede que otros compañeros sí necesiten el dinero para poder comer y no es mi intención quitarle nada a nadie. Pero acabaré la carrera en el mes de junio, y me gustaría poder montar mi propia consulta sin necesidad de la ayuda económica de mis padres.

Su explicación me conmueve. La ha pronunciado con tanta honestidad, que me avergüenzo de haber formulado la pregunta con tanto sarcasmo. No debe sentirse culpable por descender de una familia bien acomodada. No era para nada mi intención que se sintiese atacada.

Durante un minuto ninguno de los dos se pronuncia. Tan solo nos miramos a los ojos.

—Por favor —le ruego—. Toma asiento.

Verónica mira la dirección de mi mano, que está señalando la silla y por fin parece relajarse.

Ambos regresamos a nuestros asientos.

Le paso el documento que necesitamos que rellene para formular su contrato y ella lo revisa a conciencia.

Mira a un lado y a otro de la mesa y me doy cuenta de que está buscando un bolígrafo.

—Perdón —me disculpo—. Toma.

Cuando ella coge la pluma que le he ofrecido, agranda los ojos. Su reacción me sorprende.

—¿Sucedo algo? —pregunto.

Niega con la cabeza y fija toda su atención en el documento para rellenarlo con sus datos.

—¿Así que este es tu último año de carrera? —intento saber más de ella.

Levanta la cabeza un segundo y asiente con una sonrisa tierna.

—Entonces pronto tendré un nuevo dentista —bromeo.

Escucho una risita tímida.

—Tú no serás paciente mío —comenta sonriente—. Siempre has pensado que quería estudiar odontología para torturar a los demás.

Suelto una carcajada y por un momento la química de antaño entre nosotros, regresa.

Verónica también lo nota y baja la cabeza para terminar de rellenar el documento con celeridad.

Se le resbala la pluma y soy consciente de que está nerviosa. Debo aprovechar este momento o lo volveré a lamentar.

—Vero —pronuncio con cariño, y me niego a corregir el diminutivo con el que siempre me he referido a ella—. ¿Por qué no me das una oportunidad?

A pesar de continuar con la cabeza agachada, observo cómo cierra los ojos.

—¿Y bien? —insisto, para que me dé una respuesta.

Firma el documento con fuerza y me lo entrega.

Cuando alza la cabeza y vuelven a conectar nuestros ojos, su iris está más brillante, y me maldigo interiormente, pues esa mirada es la última que vi en ella, hace diez años.

—Vero...

Niega con la cabeza.

—Tú no me la diste a mí —me reprocha con voz temblorosa.

Me pongo en pie y Verónica al intuir mis intenciones se aleja rauda. De nuevo consigo detenerla, acorralándola entre mi cuerpo y la puerta.

—Por favor, Héctor —suplica—. Dejemos las cosas como están.

—¿Y seguir sufriendo? —pregunto, apoyando mi frente en su cabeza.

—Tú tomaste esa decisión. —Me castiga—. Te advertí de que esto podría suceder y tú... Solo tú dejaste claro que yo era una niña y que no entendía lo que era el amor.

—No fue así...

—¡Claro que sí! —exclama alterada, se da media vuelta y nos quedamos uno frente al otro—. Te avergonzabas de mí.

—¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad?! —exploto al escuchar la mayor majadería que he oído nunca.

Se lleva las manos a la cara, se frota con nerviosismo y se mueve alterada, haciéndome a un lado con un movimiento de hombro al pasar por mi lado.

Sin dejar de moverse se expresa a voz en grito, aumentando por momentos la tensión que hay entre nosotros.

—¿Que cómo se me ocurre?... ¿Cómo se me ocurre? —repito una y otra vez—. ¡Porque tú así lo dijiste!

—No es verdad...

—¿Qué van a pensar de mí si me ven contigo?! —exclama al tiempo que se queda parada para mirarme a la cara—. Esas fueron tus palabras, Héctor, ¿es o no avergonzarse de mí?

Ahora el que se frota la cara soy yo, desesperado porque ella a estas alturas, después de diez años no sea capaz de entender lo que sucedió.

—Tenías catorce años —razono con lógica para que lo comprenda—. Yo iba a cumplir veinte...

—¿Y?

—¡Maldita sea, Vero! ¿Es que no te das cuenta? ¡Eras menor de edad!

Aprieta los labios con frustración y observo que también sus manos se contraen con fuerza.

—Menor o no, poco te importó romperme el corazón —pronuncia más calmada—. Te supliqué hasta la saciedad que no me hicieses a un lado. —Se le quiebra la voz—. Que mis padres lo entenderían, pues ellos se llevan ocho años.

Me dejo caer en un pequeño sofá que hay al otro extremo del despacho.

—Vero, por favor, recapacita —pronuncio en voz baja y desesperado—. No era solo por tus padres. A esas edades las cosas son distintas, cada uno tenía unas prioridades.

—Por descontado —asegura con rencor—. Las tuyas estaban muy claras: cualquier cosa antes que yo.

—Si eso es lo que piensas...

—Eso es lo que demostraste.

Me pongo en pie y me acerco a la puerta, la abro e invito a Verónica a salir.

—En vista de que después de diez años, has sido incapaz de darte cuenta de la verdad, es mejor dejar las cosas como están.

Verónica asiente con la cabeza, y mientras camina con lentitud en mi dirección para salir, se pronuncia.

—Verdad solo hay una —asegura—. Me enamoré de alguien que me hizo creer que él también lo estaba y me rompió el corazón, dejándome rota, mientras él disfrutaba con sus amigos y sus ligues constantes, pues esas eran las prioridades que tenía a los veinte.

Pego un portazo, impidiendo que salga.

Verónica da un brinco al asustarse.

—¿Tienes idea de lo que sufrí? ¡Te amaba! —confieso gritando—. Jamás te harás una idea de lo que es levantarte cada mañana, consciente de que la única mujer a la que vas a amar el resto de tu vida, te odia porque piensa que te has burlado de ella.

Noto que tiembla y sus ojos se encharcan.

—Y por otro lado, sentirte un auténtico perverso, pues desearías meter en tu cama a una muchacha que tan solo tiene catorce años.

Me doy la vuelta, no puedo mirarla a la cara después de esta confesión.

—Por favor, márchate —suplico.

Escucho sus pasos.

Cuando se cierra la puerta, me siento morir. Perder a Verónica por segunda vez es casi insoportable.

—¡Ahhh! —grito frustrado.

Respiro con fuerza y con el alma rota, decido que lo mejor que puedo hacer, es marcharme a casa.

Al darme la vuelta, mi corazón se acelera.

¡No se ha ido!

Verónica está con la espalda pegada a la puerta, mirándome, y con esos ojos que tanto adoro, llenos de lágrimas. Puedo leer la súplica en ellos.

Sin perder un segundo más, pues diez años han sido más que suficientes, la abrazo con fuerza.

—Hoy es cinco de marzo —susurra en mi oído—. ¿Podemos cerrar los ojos y pensar que hemos regresado al pasado?

La estrecho con más fuerza, todavía recuerda aquel momento.

—Sé que acabarás siendo un importante hombre de negocios —pronuncia, tal cual pronunció diez años atrás.

Se zafa de mi agarre y se dirige a la mesa. Coge la pluma y se acerca a mí de nuevo.

—Quiero que guardes este regalo, para que cada vez que firmes algo importante te acuerdes de mí.

Mis ojos van de la pluma a sus ojos.

¡Fue su regalo!

—¿Quieres saber lo único importante que firmaré con ella? —pregunto, pues acabo de recordar que dije esta frase, justo un minuto antes de besarla por primera vez con auténtica pasión.

—¿Qué?

—Nuestro libro de familia —pronuncio emotivo—. El día de nuestra boda.

Y como diez años atrás, mi boca y la de ella se unen de nuevo.

Cuando nuestros labios se separan, nuestros ojos se encuentran.

—Entonces guárdala —me apremia—. Algo me dice, que pronto la tendrás que usar.

Y esas palabras acaban de llenar mi alma. Después de tanto tiempo sintiéndome vacío, sé que esta vez no volveré a dejar escapar a mi único amor verdadero.

—Lleva diez años esperándote.

Abril

No puedo dejar de pensar en Eloy.

No creo que sea un buen momento para hacerlo, puesto que estoy en la consulta del ginecólogo, totalmente abierta de piernas y con el doctor entre ellas.

Resoplo, y no porque me haya hecho daño, aunque tampoco es que esto sea plato de buen gusto. No tiene nada de relajante una exploración ginecológica.

—Un minuto y terminamos con la citología.

Trago saliva.

¡Estoy obsesionada con él! Ya escucho su voz en todas partes.

Veo su rostro hasta en mis sueños.

Y lo peor de todo, él no querrá volver a saber nada más de mí.

—Listo —me informa el doctor—. Puede vestirse ya.

Como una autómatas me incorporo, me pongo la ropa y salgo para ver qué tiene que decir el ginecólogo.

Se me para la respiración, el ritmo cardiaco se altera, mis piernas tiemblan y mis ojos se agrandan.

—Por favor —me invita a tomar asiento.

¡No puede ser verdad!

¡Eloy! Me dijo que era médico pero no recuerdo que dijera la palabra “ginecólogo”.

Intento aparentar tranquilidad, por lo tanto arrastro la silla y me siento justo delante de él.

Como profesional que es —o eso parece—, estudia la analítica que me hicieron hace unos días.

—Bien, no hay nada extraño en los análisis.

Asiento con la cabeza, deseando poder salir de aquí cuanto antes.

La enfermera los guarda de inmediato en mi historial y le comenta a Eloy que tiene que ausentarse un momento.

—No te apures, es la última paciente —le informa Eloy—. Puedes marcharte a casa.

La sonrisa de la mujer se expande. La mía se contrae. ¿Voy a quedarme a solas con él?

En cuanto la enfermera cierra la puerta, los ojos pardos de Eloy me atraviesan.

—Vaya, esta vez no has salido corriendo.

Trago saliva.

Mis mejillas toman un matiz rojo que debe de ser alarmante.

—¿Calor? —pregunta con sorna.

—No.

—Entonces debo entender que tu sonrojo se debe a la culpa.

Pestaño, no sé qué decir.

—Doctor...

—¿Ahora soy el doctor? —inquire con cinismo.

—Eso espero, porque de no serlo tendrías un serio problema —atino a decir, cansada de su ataque.

—Muy bien, si eso es lo que quieres —comenta.

Agacha la cabeza para mirar unos papeles.

—Señorita Casillas, ¿tiene molestias durante la menstruación?

¡Tierra trágame!

—¿Las ha tenido o no? —me apremia a responder.

—Las normales en esos días.

Escribe la respuesta.

—¿Molestias durante sus relaciones sexuales?

¡No me puedo creer que me haga esta pregunta!

—¿Piensa responder?

Levanto la cabeza, y al ver su rostro, sé que está aguantando la risa.

Los nervios siempre son malos. Sé que voy a lamentar estar tan nerviosa, pero tampoco voy a soportar sus guasas.

—Acabas de hacerme una exploración —aclaro—. Creo que esa pregunta no es necesaria.

Se cruza de brazos y los apoya en la mesa.

—Y a mí me parece que esa respuesta contesta el por qué me dejaste plantado con el mayor calentón de mi vida.

Me avergüenzo.

—Sonia, podías haberlo dicho —pronuncia sin un atisbo de burla.

Respiro con fuerza, esto no es plato de buen gusto.

—Tengo veintiséis años —informo, aunque él ya lo sabe—. Es algo vergonzoso tener que explicar que soy virgen.

—De haberte quedado ya no lo serías —responde y agrando los ojos.

Y entonces mis nervios, mi rabia y mi estupidez, hablan.

—Dos horas antes os reísteis de una mujer por lo mismo —le recuerdo—. A tus amigos les parecía muy gracioso.

Eloy se tensa.

—¿Qué se suponía que iba a decir? ¡Eh, Eloy, soy virgen! Ya puedes salir corriendo a contárselo a tus amigos para que podáis reiros a gusto de mí.

—No me lo puedo creer —niega con la cabeza—. Era un chiste. ¡Un mal chiste! Por el amor de Dios, Sonia.

Me siento estúpida.

Se frota las sienes.

—Veamos —pronuncia algo más calmado—. Encontrar una mujer de tu edad, virgen, hoy en día es bastante extraño.

Cierro los ojos.

—Aunque tampoco insólito —reconoce—. Cada mujer decide cuándo, cómo, dónde y con quién quiere perder su virginidad.

Se me acaba de acelerar el corazón, este hombre es maravilloso.

—¿Puedo preguntarte por qué si no estabas dispuesta a perderla conmigo, permitiste que las cosas llegaran tan lejos?

—Porque... yo... —tartamudeo por culpa de los nervios—. Me sentía muy atraída, pero me asusté.

—Te asustaste.

—Eloy, pensé que ibas a reírte y me bloqueé.

Me mira con lástima.

—Bien, pues te voy a dar un consejo —dice serio—. Cuando estés preparada da el paso. Mientras tanto, intenta no llegar hasta la cama de un hombre, excitarlo, y cuando esté en su punto más álgido de su erección, se te ocurra salir de allí corriendo.

—Lo lamento —me disculpo con total sinceridad—. No te imaginas cuánto.

Vuelve a bajar la cabeza, extiende una receta y me la entrega.

—Cuando ese momento llegue, si notas molestias, utiliza este lubricante.

Vuelvo a sonrojarme.

—Gracias —agradezco.

Al ver que no dice nada más, con dolor en el pecho, me pongo en pie. Sé que si salgo de aquí, no volveré a verlo más.

—Dentro de diez días tienes que regresar a por los resultados de la citología.

Asiento con la cabeza.

—Adiós —me despido.

Han pasado siete días desde que salí de la consulta, y por más que me digo una y otra vez que ya he perdido toda posibilidad con él, mi lado romántico todavía tiene esperanzas de recibir una llamada.

¡Soy idiota! Y no es que mi estado virginal se deba a voluntad propia. Solo a mí se me ocurrió enamorarme de un hombre que por su religión, las relaciones sexuales fuera del matrimonio son censuradas, y por lo tanto pecado.

Seis años estuve junto a alguien que apenas me tocó, para terminar sola, arrepentida y cornuda.

¡Increíble! Yo aguantando seis años de celibato por él, y me lo pagó acostándose con otra.

Ahora, después de un año intentando encontrar el hombre al que entregarme, pues tampoco es tan fácil para mí acostarme con alguien sin más, lo encuentro y lo pierdo por idiota.

Cuando conocí a Eloy todo fue tan fantástico. Fueron los tres meses más maravillosos que he vivido en mis veintiséis años.

No mostró en ningún momento tener prisa. Me dio la libre elección de ir a mi aire. Fui yo quien dio el paso. Y también fui yo quien la cagó. Pero me asusté, primero por las burlas de aquel maldito chiste; y segundo y principal, porque en tres meses llegué a sentir por Eloy más que por Yago. El pánico se apoderó de mí. Una cosa es perder a un hombre con el que no te has acostado; otra muy distinta es perder al hombre que amas y has acabado entregándote a él sin medida.

Parezco tonta, lo sé, pero aunque nadie me llegue a comprender, para mí el sexo sin amor no tiene sentido. Para la gente como yo, el sexo no es un simple contacto físico entre personas con el objeto de dar o recibir placer. Para mí es entregar tu alma y por consiguiente, sería tan extremadamente doloroso perder a esa persona, que tienes que estar segura antes de dar el paso, porque si lo pierdes, te sentirás vacía.

Mis amigas llegan a mi casa e intentan animarme. Han decidido que vayamos a bailar a un local que nos encanta.

Al ser viernes está menos abarrotado que un sábado. Se agradece, porque muchas veces es imposible moverte.

Durante una hora me divierto sin parar.

Decido que necesito un pequeño descanso, así que primero iré a la barra, pediré una copa y me sentaré un ratito, mientras me divierto viendo a la gente bailar.

Con la copa en la mano, me doy la vuelta para buscar un asiento libre, y mis ojos acaban encontrando a Eloy.

Él no me ha visto, por lo que puedo observarlo a conciencia.

Me encanta cuando lleva esos pantalones negros. Ver cómo sus anchos hombros se ajustan a ese jersey color perla, me encanta. Más, cuando recorres con la mirada su cuerpo y su espalda se va menguando hasta llegar a una cintura más estrecha.

Suspiro.

Nadie diría que tiene casi cuarenta años. De hecho, cuando me confesó su edad fui la primera sorprendida, ya que no le echaba más de treinta y tres.

Al darse la vuelta acuden a mí esas mariposas que se me instalaron en el estómago la primera vez que lo vi. Sus ojos pardos son lo que más echo de menos. Su forma de mirarme, con... con... Es mejor que no siga pensando en cómo me miraba, pues nunca volverá a hacerlo.

Me bebo la copa de un solo trago, necesito achisparme para permitirme el lujo de ser más osada.

Pido otro cubata y le doy un buen trago antes de volver a mirarlo. Mientras, mi cabeza intenta buscar la manera de acercarme a él sin parecer una desesperada.

¡Lo eres! Pero por él.

Lo necesito tanto como respirar.

Vuelvo a dar otro trago y suspiro por la quemazón de mi garganta. Desde luego este camarero ha debido de leerme la mente, lo necesitaba más cargado que nunca.

«Sonia, ten valor e intenta recuperar al hombre que se te ha metido en el corazón», me digo para infundirme coraje.

Inspiro con fuerza y me doy la vuelta, decidida a dar el paso definitivo. Pero el paso se queda paralizado, al ver a una mujer rodeando con sus brazos a Eloy por la espalda.

Doy un tras pie, y apoyo mi cuerpo en la barra.

El camarero me mira.

Sonrío con desgana y le pido otro cubata.

—¿Estás segura? —me advierte el chico, pues nota que ya voy algo achispada.

Asiento con la cabeza.

No debería mirar, sé que no debo, pero es imposible no hacerlo.

¡Mierda, me ha visto!

Sus ojos se clavan en los míos y gracias a estar bajo los efectos del alcohol, me niego a apartar la mirada.

Ojalá lo hubiese hecho. Así no sentiría este dolor en el pecho, al ver cómo la mujer le besa el cuello.

¿Por qué no deja de mirarme? ¿Por qué no aparta a esa mujer y viene hasta mí? ¿Por qué está tan serio? ¿Por qué no puedo ser yo la que bese ese cuello?

«¡Idiota, idiota! Tú lo hiciste hace quince días. Fuiste tú la que recibía sus caricias. Era a ti a la que

besaba con ternura», me maldigo una y otra vez, por haber sido tan patética.

No puedo continuar así. Duele demasiado.

Me doy de nuevo la vuelta y pido otro cubata, igual el alcohol me hace olvidar.

—¿Sonia?

Escucho la voz de un hombre a mi espalda.

Con lentitud giro, y no es que quiera hacerme la interesante, es que mi cuerpo ya no coordina como debería.

—Hola, Ramón —saludo intentando aparentar normalidad.

Me escruta con la mirada. Tonto no es, sabe que voy bebida.

Ladea la cabeza y mira a su amigo, vuelve a mirarme a mí y entonces pregunta.

—¿Puedo preguntarte algo?

Uff... no sé si estoy yo para preguntas.

—Claro.

—¿Qué ha pasado entre Eloy y tú?

Mis ojos buscan a Eloy, quien sigue allí, con la mujer mono colgada a él.

Inspiro de nuevo. ¿Sabes qué? El alcohol no me hace olvidar, pero sí me suelta la lengua.

—Que la cagué.

Ramón aprieta los labios.

—¿Tanto como para ignoraros?

Mis ojos se encharcan.

Mi estómago se revuelve.

Mi corazón se agrieta.

Y mi lengua se suelta más.

Le cuento prácticamente toda mi vida. No sé de dónde salen las palabras, pero aquí estoy, narrando a conciencia mi antigua relación. Lo que sentí al conocer a Eloy. Mis sentimientos por él y el gran dolor que tengo por sentirme una completa estúpida.

Su reacción al terminar mi perorata es apretar los labios.

—¿Le fuiste fiel a un tipo que no mantenía relaciones sexuales, durante seis años?!

—Dicho así, suena muy...

—Leal —termina él la frase—. Debiste contárselo.

Con lágrimas en los ojos y un gran nudo en la garganta, atino a decir.

—Debí contarle muchas cosas.

No miento. Por vergüenza callé y construí un caparazón para sentirme protegida, ya que Yago dejó una huella en mí dolorosa, y por ese motivo fui incapaz de demostrar al cien por cien lo que sentía por él. Sé que hice mal, pero necesitaba sentirme más segura antes de abrirle completamente mi corazón.

—Deberíais hablar con tranquilidad un día.

Respiro hondo, no quiero llorar.

—Desde hace cuatro años, Eloy no se fiaba de las mujeres —me confiesa—. Digamos que, recibió una gran traición por parte de la mujer con la que iba a casarse. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento con la cabeza. ¡Claro que lo entiendo! Su ex debió de hacerle algo parecido a lo que me hizo Yago a mí.

—Le costaba confiar y cuando te conocí... —se queda callado unos segundos—. Se le veía tan ilusionado. En cuatro años no le habíamos visto con esa ilusión y alegría.

Cierro los ojos, me quiero morir.

Ramón debe de notarlo.

—Sonia, hazme caso, llámale esta semana y habla con él —me aconseja—. Debería saber todo lo que me has contado.

Busco a Eloy con la mirada y al ver que le miro, rodea por la cintura a la rubia que tiene toda la noche pegada a él y se da la vuelta para no seguir mirándome.

Ramón también ha visto lo mismo.

—Creo que perdí la oportunidad —me lamento—. Parece que ya está ilusionado con otra.

Doy un paso al frente y me alejo.

Necesito llegar a casa y llorar.

¡Maldito alcohol! Última vez en mi vida que me emborracho cuando al día siguiente tengo que trabajar.

Trabajo en un supermercado, mi puesto es de cajera, y cada vez que paso un producto y escucho ese maldito «ding», recibo mil alfileres clavándose directamente en mi cabeza.

¿Puede haber algo peor que trabajar con resaca? ¡Sí! Trabajar con resaca y tener delante a Eloy.

—Buenos días —digo muy profesional.

Él no responde. Simple y llanamente, me entrega una caja de ¡condones! para que se la cobre.

Tico el producto y apenas puedo pronunciar la cantidad en voz alta.

¿Por qué es tan cruel? Ya lo vi con la rubia, no había necesidad de restregarme que va a usar esos preservativos con ella.

Me entrega el dinero y le doy el cambio.

Cuando nuestras manos se rozan, siento que me atraviesa un rayo partiéndome en dos.

—Que pases un buen día —pronuncia alegre.

Me tiembla la barbilla por aguantar el llanto.

Apenas respiro para que las lágrimas no salgan.

Me niego a que me vea llorar.

—Seguro que no será tan bueno como el tuyo —digo del tirón.

Eloy me mira y no sé qué está pensando pero me da igual, después de lo que acaba de hacer, no es el buen hombre que yo pensé que era. El Eloy del que me había enamorado no era tan ruin como para restregarme en la cara que va a montárselo con otra.

Como no puedo controlar mi temblor, alargo la mano para continuar realizando mi trabajo, cobrando al siguiente cliente.

Eloy, que durante un minuto se ha quedado ahí plantado, decide marcharse. Y en cuanto veo a través del reflejo del cristal que tengo delante, que sale del local, le pido a una compañera que me sustituya. Necesito ir al baño a llorar.

Arrastro el plato que tengo sobre la mesa, estoy desganada. No me apetece comer, ni reír, ni salir... Tan solo quiero meterme en la cama y dormir; dormir sin parar.

Hoy no para de llover. En abril aguas mil, dice el refrán. Pienso si esa lluvia serán las lágrimas de todas las mujeres que estamos llorando.

Es mi día libre, y lo único que he hecho ha sido llorar y dormir. He hecho la comida, de la que apenas he probado bocado, y creo que voy a echarme a dormir un rato más, porque si sigo pensando en él, acabaré llorando otra vez.

Quisiera sacarme a Eloy de la cabeza, y más cuando desde hace dos días, lo único que mi retina se empeña en reflejar es a él con la maldita caja de condones en la mano.

Llaman al timbre de la puerta sin parar. Seguro que es María, que viene a intentar animarme.

¡No puede ser!

Entra Eloy y cierra de un portazo.

Me quedo pasmada.

—¿Cómo se te ocurre dejarme tirado otra vez? —exclama molesto.

—¿Qué? —pregunto, porque no entiendo nada.

—Tenías que venir a recoger la prueba de la citología.

Vaya, parece cabreado.

No digo nada, es que no tengo palabras.

—¿Te has parado a pensar en lo que dicen los resultados?

Agrando los ojos. ¡Algo ha salido mal! Por eso está aquí.

—L... lo, lo lamento —titubeo.

—¿Siempre vas a disculparte?

—¿Qué quieres que diga?

—La verdad —sentencia—. ¿Por qué no has ido a la consulta?

Tiemblo.

¿Quiere la verdad? Pues va siendo hora de decirla.

Tenerlo delante me altera, y ya no puedo más, necesito desahogarme.

—¡Porque me duele! —exploto—. Me he enamorado de ti de una forma tan desmesurada que duele. No podía ir a la consulta sabiendo que tú estarías allí, mirándome como a una más ¡porque duele!

No dice nada, tan solo escucha.

—¡Duele saber que la cagué! ¡Duele verte con otra mujer! ¡Duele ver cómo te regocijas delante de mí comprando preservativos! —Las lágrimas no paran de rodar por mi rostro—. Duele, Eloy —pronuncio estas dos últimas palabras en un hilo de voz, ya no me queda ímpetu para seguir gritando—. Por eso no he tenido fuerzas para acudir a la cita.

—Entonces tenemos un gran problema —declara—. Porque a mí me duele verte así. Me duele ver que fuiste incapaz de saludarme en la discoteca. Me duele que no me confiaras tus secretos cuando sí se los confesaste a Ramón. Me duele tener que fingir estar con otra para ver si a ti te molesta y me duele comprar unos condones, que se quedarán guardados hasta que tú decidas usarlos.

Le miro a los ojos.

Se refleja en ellos esperanza.

¡Ilusión!

Alarga sus manos y acuna mi rostro mojado.

—Te quiero, Sonia —afirma con convicción—. No voy a presionarte, podré esperar cuánto necesites para estar preparada —confiesa—. Aunque no voy a mentirte, dudo que yo pueda esperar seis años para poder hacerte el amor.

Y me besa.

Sus labios cálidos me reconfortan.

Sus caricias pausadas me calientan.

Sus palabras me han llenado el alma y ahora necesito seguir siendo sincera, pues ha llegado la hora de que deje de dolerme el corazón.

—Yo también te quiero, Eloy.

Sonríe pleno y su sonrisa me anima a continuar.

—No quiero esperar seis años —afirmo, y agradezco que Ramón se lo contara a Eloy. Creo que si está aquí, es por eso—. Y espero que hayas traído los condones, porque deseo usarlos.

—¿Estás segura? —pregunta estudiando mi rostro—. Puedo esperar...

Ahora la que acuna su rostro soy yo.

—Sí, estoy segura. Nada puede dolerme más que no sentirte ahora mismo dentro de mí.

—En ese caso —susurra, al tiempo que me levanta en brazos, para llevarme hasta el dormitorio—. Es hora de que ahuyentemos el dolor, y nos entreguemos a la pasión.

Con una ternura y delicadeza extraordinaria, Eloy me hace el amor, prometiendo con sus besos y miradas, que nunca más volveremos a sufrir ninguno de los dos.

Mayo

Ahí está mi ratón de biblioteca favorito.

Llevo ocho años enamorado de la mujer más fascinante del mundo.

Todavía recuerdo cuando la conocí. Entré en la biblioteca, buscando a un amigo. Y allí, sentada junto a él, estaba ella. Con su melenita castaña, sus gafitas de color rosa, su carita rechoncha y su carisma de empollona.

Si alguien me hubiese dicho que acabaría prendado de una muchacha así, me habría dado la risa. Más que nada porque no teníamos nada en común; en realidad, tampoco es que lo tengamos ahora después de tanto tiempo.

Debe de ser cierto eso de que los polos opuestos se atraen, pues más opuestos que nosotros dudo que hayan muchas parejas.

¿Qué me enamoró de ella? Su inteligencia. Admiro esa capacidad innata de asimilar todo tipo de información y memorizarla sin problema.

Han pasado ocho años, en los que mi empollona ha pasado de ser una estudiante prometedora a trabajar en un proyecto de investigación para desarrollar una vacuna contra el Ébola.

¿Y quién es el tipo que está sentado enfrente de ella? Una respuesta que voy a obtener de inmediato. Pues no voy a quedarme de espectador, en este restaurante, mirando como mi empollona le dedica una sonrisa a un tipo que se ha permitido el lujo de invitarla a cenar, intentando dejarme a mí fuera de juego.

¡A mí! Fuera de juego. Tiene cojones la cosa.

Me acerco y me planto justo delante de su mesa.

El hombre agranda los ojos.

—¡Madre mía! Tú eres Mauro Cañón.

Diana pone los ojos en blanco.

Sonrío, tengo delante a un fan.

Alargo la mano.

—¿Qué tal?

—Impresionado —responde el hombre, mientras me estrecha la mano con fuerza—. ¿Te importa si me hago una foto contigo? No todos los días te puedes fotografiar con el jugador estrella del momento.

Niego con la cabeza. Estoy encantado. Simplemente por ver la cara de cabreo de Diana, me haría mil fotos con este tipo.

Saca su móvil y nos hace un *selfie*.

—Gracias, tío. Ya verás cuando lo vean mis amigos. ¡Una foto con el fichaje más caro de la historia!

Vaya, está claro que este hombre ve los telediarios o lee la prensa, ya que ayer saltó a la luz pública que me han ofrecido fichar por el *Manchester United*.

Sonrío pleno, pues ahora voy a tocar un poco más la moral a mi empollona.

Tomo asiento junto a ella y me pronuncio.

—Si quieres puedes sacar otra, podemos salir los tres juntos: tú, mi mujer y yo.

La sonrisa del tipo desaparece.

El rostro de Diana se descompone.

El mío se ensancha de satisfacción.

—Dijiste que estabas separada —le recrimina a Diana.

—Y lo estoy —asegura.

Primero la miro a ella, luego a él, y por último tomo partido.

—No entiendo a las mujeres —pronuncio convincente—. Te pasas tres meses jugando partidos fuera de casa, y ellas dan por hecho que ya están separadas.

El tipo me mira y decide que es mejor salir de aquí antes de meterse en un lío.

—Creo que es mejor que os deje a solas —se despide—. Me parece que tenéis que aclarar muchas cosas.

Asiento con la cabeza y le estrecho la mano de nuevo.

—Ha sido un placer conocerte.

El tipo sonrío pleno.

—Créeme, el placer ha sido mío.

En cuanto desaparece, me levanto y ocupo el asiento que ha dejado vacío.

Diana me perdona la vida con la mirada.

Es una suerte que el camarero se acerque en ese momento con la cena que ya habían pedido.

Me mira y se tensa.

—Disculpe... —me apiado del joven.

—Sí, sí, es para mí —digo sin dejar de observar a Diana de soslayo—. Mi amigo ha tenido que marcharse y yo me comeré lo que ha pedido.

Una vez con la comida en la mesa, miró de frente a mi mujer.

—La definición de separación, me temo que no tiene el mismo significado para ambos —digo sin alterarme.

—Si en vez de ejercitar tu cuerpo, hubieses ejercitado la mente, sabrías perfectamente su significado —aduce, intentando dejarme de lerdo.

Apoyo el codo en la mesa, con la mano me froto la barbilla e intento no estallar, porque estoy en un lugar público, y si monto una escena, mañana estará en *YouTube* como el vídeo más descargado.

Baja la cabeza y se centra en su comida.

—¿No me echas de menos? —cuestiono, con la esperanza de llegar a entender cómo hemos llegado a separarnos.

—¡Como si tú lo hubieses hecho conmigo!

—A cada segundo del día, Diana —confieso una gran verdad. No he dejado de pensar en ella.

Sonríe con tristeza, la misma que reflejan sus ojos al mirarme.

—Dudo que hayas tenido tiempo para tal proeza —me acusa sin apartar la mirada—. La *mega estrella* siempre está ocupada.

—Para ti siempre he tenido tiempo —me defiendo.

No miento, puede acusarme de muchas cosas, pero mi tiempo libre siempre he intentado aprovecharlo con ella.

Parece que no tiene intención de seguir hablando, por lo tanto voy a ser yo quien lo haga.

—En ocho años de relación, y cuatro como matrimonio, he estado contigo excepto cuando me tocaba

jugar partidos fuera.

—Y en los tres meses que llevamos separados, está claro que también has jugado fuera del campo. Por lo tanto, no era en mí en quien pensabas.

¿De qué me está acusando?

—¿Qué estás intentando decir?

Se sube el puente de las gafas con su dedo índice, gesto tan suyo que es una de las imágenes que más he echado de menos este tiempo separados.

—Vi los titulares —revela—. «¿El *Cañón* marcará esta noche cañonazos como en el campo?», justo encima de tu fotografía con dos mujeres —Y aclara—. Por cierto, muy guapas ambas.

Me tenso en la silla. No puede estar hablando en serio.

En los medios de comunicación cada vez que se refieren a mí lo hacen utilizando mi apellido: Cañón. Y gracias a la fuerza de mi pierna izquierda, la que me ha convertido en un deportista de élite, cuando marco un gol, lo apodan «cañonazo».

—Me parece que ya habíamos superado esa etapa —pronuncio molesto, porque crea todo cuanto sale en la prensa.

—La única etapa que he superado en estos tres meses, es la de por fin abrir los ojos.

—¿Qué quiere decir eso? —cuestiono sin comprender a dónde quiere ir a parar.

—En el fondo lo sabía, siempre lo he intuido, pero quería negarme a ver la realidad.

—¿Qué realidad, Diana? —pregunto exasperado.

—¡Nuestro matrimonio estaba apocado al fracaso! —sentencia—. No sé qué clase de locura transitoria se te pasó por la cabeza cuando me pediste que me casara contigo.

Se me acaba de congelar la sangre.

El camarero se paraliza y nuevamente avergonzado, intenta intervenir.

—Disculpen, ¿puedo llevarme los platos?

Asiento sin decir una palabra.

El hombre los recoge con celeridad. No es necesario que pregunte por qué no hemos pegado bocado, pues al escuchar a Diana, sabe de sobra que es mejor dejarnos en paz.

—Para ser la mujer más lista que conozco, estás demostrando ahora mismo tener muy poco sentido común —decreto.

—¿Eso crees? —solicita con tristeza.

—Sí, lo creo.

Mira a un lado y a otro, nerviosa, buscando una válvula de escape, pero no se lo voy a permitir. No vamos a salir de aquí hasta que encontremos la solución para seguir siendo un matrimonio feliz. Aunque tenga que comprar el restaurante, Dios sabe que no saldremos de aquí.

—Diana, mírame —ordeno—. Todo iba bien entre nosotros, o por lo menos eso es lo que yo siempre he creído. ¿Qué pasó hace tres meses para que tomases la decisión de marcharte de casa?

Sus ojos se empañan y vuelve a recolocarse bien las gafas.

—¿Quieres saber toda la verdad?

—Creo que la merezco.

Asiente lentamente.

—Vi ese titular —Voy a interrumpir y levanta la mano—. Y tú estabas ahí, riéndote, al lado de dos mujeres muy guapas.

Me inclino hacia adelante, pues se le quiebra la voz y se pronuncia en tono muy bajo.

—Me miré al espejo —se mueve inquieta en la silla—, y al ver mi reflejo, me di cuenta de que no podía compararme con ellas. No soy alta, ni guapa. No tengo esas curvas, apenas tengo cintura, y siempre he tenido tendencia a engordar... —Toma aire, pues no quiere llorar—. Y lo vi claro, por eso siempre me has mantenido en la sombra. No estoy a la altura de ser la mujer de un futbolista tan mediático como tú.

Me echo el pelo hacia atrás.

Cuento hasta diez para tranquilizarme. Si no lo hago, van a escucharnos desde Madrid hasta Manchester.

Me pongo erguido en el asiento, antes de hablar.

—Podría decir tantas cosas hermosas de ti, que no acabaría nunca —aseguro—. Pero no tengo tanto tiempo, así que voy a ser directo. Me enamoró tu inteligencia, ese órgano que tienes en la cabeza, el mismo que yo no he podido desarrollar, porque no he valido para ello. Un físico no es nada, Diana, y te aseguro que el tuyo me encanta —afirmo—. Lo único que yo tengo es físico y dentro de cinco o seis años, me tendré que retirar y no podré hacer nada más, pues lo único que sé hacer es jugar al fútbol.

Me escucha atenta.

—¿Que no estás a mi altura? ¡Maldita sea, Di! No ha habido un solo día desde que dijiste el sí quiero, que no me meta en la cama agradecido por tenerte a mi lado. Y me levanto cada mañana deseando que no se te caiga la venda de los ojos, porque el día que lo hagas, te darás cuenta de que yo, aparte de darle a un balón, no sirvo para nada.

Me quedo sin aire, al decirlo todo del tirón.

—¿Entonces por qué me ocultas? —pregunta con una lágrima en la mejilla.

Me inclino y se la paro con el dedo pulgar.

—¿Cuándo he hecho algo así?

—Todo el mundo da por hecho que eres soltero —me informa—. Nunca me has nombrado, ni en *Facebook*, ni *Twitter*, ni *Instagram*... Tienes tres blogs y en ninguno de los tres aparece mi nombre.

Llevo la cabeza atrás y tomo aire con fuerza.

—Di —pronuncio su diminutivo como hago siempre—. Yo no llevo esos blogs, ni siquiera tengo una maldita cuenta personal de *Facebook* ni nada por el estilo. Eso lo llevan mis agentes.

Parece que no se queda del todo convencida.

—Todo el que me conoce sabe que estamos casados —aseguro—. Te he invitado a acompañarme siempre que algún compañero ha celebrado algún evento importante.

Se retuerce las manos.

Alargo las mías y sujeto las suyas.

—Siempre he salvaguardado nuestra privacidad —aclaro—. Nunca he concedido entrevistas ni he vendido a la prensa exclusivas para que nuestra intimidad, sea solo tuya y mía.

Por fin noto en sus ojos esa mirada de siempre, la que necesito ver cada día.

—Si necesitas que convoque una rueda de prensa para que te quedes tranquila, te aseguro que en una hora tenemos a todos los medios en la puerta de nuestra casa; la que está vacía sin ti y necesita que regreses, porque cuando tú no estás, allí no hay vida.

Vuelve a rodarle una lágrima, y de nuevo la detengo con mi mano.

—No puedo marcharme a Manchester sin ti, Di —confieso mi pena—. Te necesito a mi lado. Desde que te conocí no he podido alejarme de ti ni un solo día. Por favor, regresa a casa, el mes que viene tenemos que mudarnos.

—¿Qué pasa con mi trabajo?

Sonrío, pues esa respuesta dice mucho y lo que voy a contarle, demostrará para que no le quede ningún resquicio de duda, que para mí, siempre ha sido, es y será ella mi prioridad.

—Bueno, sé de una gran universidad que están esperándote con los brazos abiertos.

Parpadea repetidas veces y suelta mi mano para anclarse de nuevo las gafitas.

—¿La *University of Manchester*?

¡Qué lista es mi chica! Si cuando digo que su cerebritito me tiene enamorado.

Me encojo de hombros, sé que no esperaba algo así de mí.

—¿Cómo lo has conseguido?

Me inclino, apoyo los brazos en la mesa y sonriente respondo:

—Porque yo por mi mujer, bajo la luna si hace falta.

Me mira con cariño y por fin, una tímida sonrisa surge en su redondito rostro.

¡Cuánto la amo! ¡Qué me importa que no tenga las medidas perfectas, si para mí es la más hermosa!

El camarero me da lástima, lleva un buen rato esperando a lo lejos. Al ver que por fin los dos parecemos relajados, se acerca.

—¿Van a tomar postre?

Miro a Diana.

—No, gracias —responde, sin apartar sus ojos de los míos—. El postre nos espera en casa.

Y como un resorte, me lanzo a su boca.

Me da igual el camarero.

Me importa un comino la gente y sus cámaras móviles.

Tengo lo que más quiero: a Diana.

Al mirar a mi mujer, me doy cuenta de una cosa: el mejor fichaje de la historia no lo han pactado mis agentes, lo he conseguido yo.

Junio

Contratos del destino

—¡Ahhhhhh! —grito—. ¡Voy a llamar a la policía!

Salgo rauda en busca del teléfono, para dar parte de que hay un hombre y una mujer ¡ follando en mi cama!

El hombre me persigue. Por lo menos ha tenido la decencia de ponerse un calzoncillo.

—¿Quién coño eres tú? —vocifera, sujetándome del brazo.

—¡Suéltame! —Exijo alterada y al borde de un colapso—. ¡Fuera de mi casa!

—¿Tu casa!? —exclama a la vez que me suelta del brazo—. Yo he alquilado esta casa.

Levanto una ceja.

Me alejo unos cuantos pasos e intento mantener la calma.

—No puede ser, yo no he puesto en alquiler nada.

El tío desnudo levanta un brazo y me hace una seña para que no me mueva, entra con rapidez en el dormitorio y sale en dos segundos con un papel en la mano.

—Toma —Extiende el brazo—. Este es el contrato.

Se lo arrebato de la mano con un movimiento brusco.

Me vuelvo a alejar dos pasos más y lo leo.

Se me descompone el rostro. La sangre me hierve y la vena de mi cuello palpita con tanta fuerza, que por un segundo pienso que va a estallar.

—Este contrato no es válido —aseguro y se lo devuelvo—. Por lo tanto, haz el favor de vestirte...

—¡De eso nada, guapa! —decreta.

La mujer que hace un minuto estaba desnuda en mi cama, en una posición muy de contorsionista, sale vestida y se dirige a la puerta de salida, a hurtadillas.

—No te marches, ahora mismo esta mujer se va —pide con altanería.

—Bueno, cuando venga la policía veremos quién de los dos se marcha —amenazo.

La mujer parece que no está dispuesta a meterse en ningún lío y desaparece dando un portazo.

—Bien, llama a la policía mientras yo llamo a Jorge, que es el dueño de esta casa.

Al escuchar su nombre maldigo en voz alta una y otra vez como una barriobajera.

Diego, que así se llama el moreno que tengo delante en calzoncillos y todavía empalmado, se queda parado.

—No, no, no lo llames, ya lo hago yo.

Hace una mueca y se cruza de brazos.

Mientras espero que descuelguen el teléfono, no puedo por más que lo intento apartar los ojos del cuerpo fibroso del tío que tengo delante.

Y yo que pensaba que la «V» en un cuerpo masculino era toda una leyenda urbana. Pues no, existe, porque Diego la tiene bien marcada. Al igual que esa famosa tableta de chocolate en su abdomen. Y esos pectorales marcados...

—¡Mueve tu culo y ven a mi casa ahora mismo! —ordeno a Jorge y cuelgo sin dar opción a réplica.

—¿Y bien? —pregunta con los brazos cruzados.

—En diez minutos estará aquí —aseguro—. ¿Te importaría ponerte algo de ropa?

Me mira fijamente.

—¿Ya me has hecho el repaso completo?

Me avergüenzo de inmediato, aunque no doy muestras de ello. Faltaría más, tener que avergonzarme públicamente en mi propia casa.

—Así cuando esto se aclare, podrás salir de aquí sin perder tiempo.

—Eso ya lo veremos —amenaza.

Se da la vuelta y se aleja.

Bien, ahora sí que voy a hacer el repaso completo, pues la parte trasera tampoco está nada mal. Buen culo, sí señor, duro y redondo. Y para qué decir nada de esa espalda, si va a juego con el resto del cuerpo.

Llaman a la puerta y voy como un toro Miura hacia allí. En cuanto abro, agarro de la camiseta a Jorge y tiro de él.

—¡Eres un maldito descerebrado!

Su rostro es todo un poema.

—¿N... no, no se su... suponía que estarías junio, julio y agosto fuera? —titubea.

¡Lo mato, yo lo mato!

Diego sale del dormitorio y si desnudo estaba bueno, vestido no tiene desperdicio. Lleva un pantalón de lino negro a juego con una camisa del mismo tejido verde, para destacar el verdoso de esos ojazos que tiene.

—Eh... Jorge, ¿qué dice la pirada esta de que es su casa?

¿Me ha llamado «pirada»? Bueno, bueno, bueno, estará cañón pero se merece dos leches bien dadas.

—Si este gilipollas me vuelve a llamar pirada, tú y él vais a tener un serio problema.

Jorge se tensa, bien sabe que conmigo no se juega.

—Vale, vale, tranquilicémonos, podemos llegar a un acuerdo —interviene raudo, ya que Diego al escuchar mi insulto se ha acercado hacia mí.

—El único acuerdo es que esta... —Deja la palabra en el aire, algo que agradezco—, salga de aquí de inmediato. Dejé muy claro lo que necesitaba: una casa de una única planta, con dos habitaciones mínimo, piscina y una gran terraza.

Levanto las cejas y miro directamente a Jorge.

Vale, así es mi casa, pues vivo a las afueras de la ciudad. Más que una casa es un chalet bien ubicado y lo que él pidió se cumple, pues tengo tres habitaciones además de todo cuanto ha solicitado; pero de ahí a que mi hermano lo haya alquilado sin mi consentimiento, es pedir un milagro que yo deje que se quede el falso inquilino. La única solución es que Jorge explique lo que ha pasado y le devuelva la fianza que haya pagado.

—No puede marcharse —comenta y hace una mueca de disculpa—. Mi hermana Cecilia es la dueña de esta casa.

—¡¿Qué?! —aúlla, y hasta creo que un gorgorito le ha salido.

Me siento triunfadora y como tal me expreso, poniéndome bien erguida y sacando pecho.

Diego me mira, mi sonrisa parece molestarle bastante.

—Eso no es problema mío, tengo un contrato firmado en el que especifica que he alquilado esta casa por tres meses —aclara—. Y además los pagué por adelantado.

No os podéis imaginar la que se lía en esta casa en un momento.

Gritos míos.

Gritos de Diego.

Súplicas y lágrimas de cocodrilo por parte de mi hermano.

Así nos pasamos prácticamente tres horas. Al final, por el bien de Jorge, me toca claudicar, pues Diego no da su brazo a torcer y de no quedarse, acabará denunciando al descerebrado de mi hermano. Y aunque se lo merecería, siempre ha sido mi ojito derecho; no puedo imaginarlo en la cárcel.

Con lo fácil que hubiese sido que aceptara de nuevo el dinero y santas pascuas.

Eso sí, por el bien de Jorge, más vale que en este tiempo no se le ocurra pasarse por aquí o la que acabará en la cárcel seré yo, porque le mataré.

Aunque parecía que la convivencia con Diego iba a ser para pasar a los anales de la historia, he de reconocer que el sábado y hoy domingo, por asombroso que parezca, incluso he llegado a sentirme cómoda en su compañía.

Ahora estamos sentados, uno enfrente del otro, intentando poner unas normas.

—Puedes hacer lo que te plazca, pero bajo ningún concepto, en los tres meses que yo esté aquí, invitarás a un hombre a pasar la noche en esta casa —ordena.

Pestaño, no me puedo creer lo que acaba de decir.

—Para, para, para...

—No, en tres meses aquí está prohibida la entrada a ningún...

—¡Chaval! —grito, para que me preste atención—. Esta es mi casa, yo decido quién pasa o no la noche en mi cama.

Llevo un año sin meter a nadie, pero no voy a permitir que él me ordene nada.

Su rostro se desencaja.

Se pone en pie, se muerde el labio inferior con furia y se pronuncia.

—Me importa tres pitos a quién te folles o no —asegura—. Pero en tres meses aquí no follará nadie.

Lo imito y me inclino, dejando mis manos en la mesa que nos separa.

—¡A mí nadie me da órdenes!

Me copia y deja su cara a un palmo de la mía.

—De eso ya me he dado cuenta —alega—. Pero yo no soy uno de tus perros, a mí tampoco me impone nadie su voluntad —aduce—. La norma está muy clara, si no quieres respetarla puedes marcharte, al fin y al cabo si te he dejado quedarte es porque me gusta de vez en cuando hacer obras de caridad.

Agrando los ojos.

—Que tú... tú... —No me salen las palabras de lo indignada que estoy.

—Exacto, yo —pronuncia triunfal—. Yo digo lo que se puede o no hacer en esta casa.

Se yergue, me mira con una sonrisa cínica y se aleja, dejándome con un cabreo monumental.

El tío tiene las narices de ordenarme algo así cuando él, el viernes estuvo aquí con una mujer.

Tentada de aporrear su puerta, pues no he dicho la última palabra, me quedo con la mano en alto... Será mejor esperar a mañana, así pensaré muy bien cómo sacarlo de mi casa.

Maldita la hora en que Jorge tuvo la idea más descabellada de su vida. Y sobre todo, lamento que en el último momento un nuevo cliente me llamara.

En dos años no me he cogido vacaciones. Soy adiestradora de perros y mi especialidad son los perros guías. Este cliente nuevo me necesitaba, hace poco que perdió la vista y necesita a su perro lazarillo. Por eso, en el último minuto tuve que cambiar mis planes: marcharme tres meses a recorrer Europa.

Después de una hora tumbada, dando vueltas sin parar en la cama, me levanto sobresaltada, al escuchar cómo golpean la puerta de la entrada, con los nudillos, a la vez que escucho la voz lastimera de Salvador.

Con el corazón a mil, voy hasta la puerta.

—¿Qué quieres? —indago soberbia.

—Ceci, amor, tenemos que hablar.

—¿Has bebido? —pregunto incrédula, aunque no es necesaria la respuesta, su olor a whisky lo confirma y su voz pastosa también.

—Sí... —arrastra la palabra—. Es lo que se suele hacer cuando tu esposa te manda los papeles del divorcio.

—Por favor, márchate —imploro, no quiero verle en este estado.

Alarga su brazo con la intención de acariciarme la cara.

Doy un paso atrás.

—Salvador... —Me interrumpe.

—Mi amor, no podemos divorciarnos —dice al tiempo que da un paso adelante, su estabilidad no es muy buena—. Tú me amas, yo te amo... y esa es la base de un matrimonio.

Niego con la cabeza y el corazón agitado.

Tener a Salvador delante me desconcierta. Han pasado siete meses desde que tomé la decisión de divorciarme, no sé por qué ahora tiene que regresar y hacerme daño con sus palabras.

¡Siempre le he amado!

—Tú no puedes vivir sin mí —asegura—. Y yo sin ti tampoco.

—Salvador, por favor, márchate —suplico.

—Cecilia, piénsalo —pronuncia con la calma de un borracho que está a punto de perder el sentido—. Un matrimonio son dos: tú y yo. Y si nos amamos, no podemos divorciarnos...

Acaricia mi brazo.

Tiemblo al sentir su tacto.

Tengo que ser fuerte, ya no puedo echarme atrás, me costó mucho tomar esta decisión.

—Salvador, ya no te amo —confieso, aunque ambos sabemos que no es cierto. Nunca he amado a ningún otro hombre.

—No te creo, Cecilia. No te creo.

—Pues deberías —sentencia Diego, con una voz tan grave que se me congela la sangre.

No necesito girarme para imaginar la imagen que tengo detrás junto a mi espalda, los ojos desorbitados de mi marido lo dicen todo.

Trago saliva, no sé muy bien qué hacer en este momento, si sacarlo de su confusión o aprovechar el

capote que me está brindando Diego para poner fin a nuestro matrimonio.

—¿Cómo... cómo has podido? —me recrimina Salvador.

Y ahora es cuando debo tomar la gran decisión de mi vida: mentir o alargar nuestra agonía.

—Tenía derecho a rehacer mi vida —declaro aguantando las lágrimas.

Salvador cierra los ojos y niega una y otra vez con la cabeza.

—Nadie llegará a amarte tanto como yo —aduce—. Lamentarás todos los días de tu vida esta decisión.

Estoy convencida de ello, pero no estoy dispuesta a hacérselo saber.

—Si eres tan amable —interviene Diego—, nos gustaría regresar a la cama.

Noto el dolor en el rostro de mi marido, al escuchar esa frase y ver a mi inquilino en calzoncillos. Aunque estemos separados, hasta que no me entregue los papeles del divorcio, seguiré sintiéndolo como tal. De hecho, incluso con la sentencia firmada, dudo que pueda llegar a dejar de sentirlo.

Me mira por última vez, noto decepción y asco al mismo tiempo.

Por un segundo estoy tentada a lanzarme a sus brazos, gritar que le amo y que Diego no es más que un entrometido que está de okupa en mi casa por culpa de mi hermano.

Diego debe intuir mis intenciones, porque se posiciona a mi lado, pasa su brazo por encima de mis hombros y con la otra mano, abre la puerta para que Salvador se marche de mi casa.

Mientras camina tambaleándose hacia la salida, veo que hay un taxi esperándolo, y eso me deja más tranquila. No podría permitir que se pusiera a los mandos del vehículo en su estado.

Diego cierra la puerta y al notar mi temblor, su reacción es atraerme hacia él, aprovechando que seguía sujetándome con su brazo.

No voy a mentir, me siento protegida en este momento, y agradezco su gesto, porque necesitaba un poco de consuelo y cariño.

No digo ni hago nada, tan solo me dejo abrazar por este desconocido, que no deja de acariciar mi espalda de arriba abajo con delicadeza, a la vez que cada dos por tres me besa en la cabeza para darme ánimo.

No sé si han pasado diez minutos o diez años, porque mi mente se ha quedado perdida en algún momento, recordando mi pasado y por qué di el paso para divorciarme de Salvador.

Echo la cabeza atrás y miro directamente a los ojos a Diego.

—Gracias —atino a decir.

Él niega con la cabeza y se encoge de hombros, dando a entender que no es necesario agradecer nada.

Me alejo sin decir una palabra más. Necesito meterme en la cama y llorar.

—Cecilia —pronuncia mi nombre y doy media vuelta para mirarle antes de cerrar la puerta de mi dormitorio—. No es fácil dar ese paso —alude a mi divorcio—, pero debes pensar que si has llegado tan lejos, es por algo.

No respondo, simplemente cierro la puerta.

Las lágrimas se me agolpan, y por más que quiero retenerlas, es imposible. Acabo de poner fin a mi matrimonio. Así, de un plumazo he acabado con doce años de relación con la única persona que seré capaz de amar en toda mi vida.

No creo que haya llegado a dormir siquiera una hora.

Me duelen la cabeza, los ojos y el alma.

Y si no dejan de presionar el timbre, mataré a quien esté llamando de esa manera.

Me levanto y al abrir la puerta de mi dormitorio, me encuentro con la siguiente escena: Diego, con un pantalón vaquero y una camiseta blanca, el cabello todavía húmedo por haberse duchado y con una sonrisa estampada en la cara, agachándose y tomando entre sus brazos a un niño de unos seis años.

—¡Campeón! —se expresa con júbilo, Diego.

—¡Papá, te echaba de menos! —grita el niño, sin dejar de abrazar a Diego.

¿Papá? Este tipo tiene un hijo, ni en años luz lo hubiese imaginado.

Me quedo escondida, prefiero no interrumpir, y más cuando la rubia con cara de pocos amigos entra avasallando. Imagino que será la mujer, o exmujer de Diego.

—La semana que viene regresaré a por él...

—¡De eso nada, Carlota! —se expresa cabreado—. Álex, ve al jardín y espérame ahí. No tardo —Le pide al crío con voz tranquila, señalando la parte trasera de la casa.

Nada más salir el chiquillo de su campo visual, aparece de nuevo el Diego dictador.

—Estoy cansado de tus tonterías, Carlota —asegura con vehemencia—. Te marchaste llevándote a Álex sin mi consentimiento, y el jueves tus palabras fueron: «Te dejaré a Álex tres meses, con la condición de que no salga de Barcelona».

La rubia se pone recta.

—Puede que haya cambiado de opinión —contrataca—. Es posible que no me venga bien dejarte a mi hijo tanto tiempo.

Diego echa la cabeza atrás, se le nota rabioso.

—Esto está llegando muy lejos, Carlota —aduce—. Te he permitido demasiadas cosas, ¡hasta aquí hemos llegado! —explota.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana hablaré con el abogado —sentencia—. No vas a utilizar a nuestro hijo en tu beneficio. No te lo voy a permitir.

—Bien, pues dile a tu abogado, que si quieres seguir viendo a nuestro hijo, será con una única condición —amenaza.

Me palpita el corazón ahora mismo. Si yo estoy nerviosa al escuchar esta conversación, imagino la rabia que debe de estar sintiendo Diego, y eso que apenas lo conozco. Esa mujer está aprovechándose de un niño. ¡Su hijo!

—¿Cuál?

—Que anularás la petición de divorcio —concluye—. O seguimos siendo un matrimonio, o verás a Álex cuando a mí me venga en gana.

En dos zancadas, Diego llega hasta la puerta de la entrada de casa, la abre y grita:

—¡Fuera!

Su mujer, con la cabeza bien alta y sin inmutarse, se despide como si nada.

—Recuérdalo: Álex y yo vamos en el mismo lote.

Todavía con la frase en el aire, Diego pega un portazo.

A mí se me acaba de congelar la sangre y mi cuerpo tiembla. Aun así, me siento obligada a decir algo.

Salgo de mi habitación y le miro.

—Si puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo.

—Ojalá, pero dudo que alguien pueda ayudarme.

Asiento con lentitud y giro la cabeza para mirar al niño que está en la terraza jugando.

—Por eso no quieres que ningún hombre pase por esta casa durante tres meses —digo sin apartar la mirada del crío.

—Sí. Mientras esté mi hijo, necesito que... —le interrumpo.

—Lo entiendo, no te preocupes, por mi parte no vendrá nadie.

—Gracias.

—No tenías intención de denunciar a Jorge —musito.

Diego niega con la cabeza.

—Le conozco desde hace años, le expliqué que necesitaba encontrar una casa con rapidez —argumenta—. Carlota... como siempre tan... —Lo deja en el aire, para no insultar a la madre de su hijo—. El jueves pasado sin más, me puso de nuevo entre la espada y la pared: o estaba aquí hoy para recoger a Álex, o me pasaría otro mes sin verlo.

Casi me falta el aire al escuchar esta confesión.

—Vivo en Ávila y tu hermano me ofreció esta casa, pensando que tú estarías fuera los tres meses.

Asiento con la cabeza.

—Soy traductor literario, puedo realizar mi trabajo desde cualquier parte, pero aun así, abandonar mi casa de un día para otro, era muy complicado.

Me da pena, se nota agobio en su voz.

—Debería mataros a los dos por vuestro numerito de la otra noche —le recrimino, intentando animarle.

Diego por fin sonrío.

—Estuvimos para un Óscar, ¿verdad? —alude a su gran interpretación.

Al final acabo riéndome.

No me puedo creer lo rápido que está pasando el tiempo con Álex en casa. Ya estamos a mitad de agosto, en quince días dejaré de verlo, y eso me angustia, porque le he cogido mucho cariño. Y ya no hablemos del padre. En estos dos meses y medio ha conseguido despertar en mí unos sentimientos que hubiese jurado que jamás sentiría por ningún otro hombre que no fuera Salvador. Pero sus bromas, su protección con Álex, su... ¡Todo! Para ser más exactos, no sé si cuando se marche, llegaré a dejar de fantasear con su cuerpo. Cada día parece que entre nosotros la química aumenta, o por lo menos es lo que a mí me parece. Y no sé si él no da el paso pensando que sigo enamorada de Salvador, o es que por estar Álex se corta. La cuestión es que nuestras miradas se buscan cada dos por tres. Incluso nos hemos rozado de forma inocente en cuanto hemos tenido oportunidad de hacerlo... Prefiero no seguir pensando en esto, porque igual son imaginaciones mías, estoy ilusionándome y acabaré sufriendo.

Pensar que podré olvidarme de ellos es una quimera, han entrado en mi casa y se han colado en mi corazón sin pedir permiso. Y es que cuando regreso de trabajar, ver a Álex esperándome con los brazos abiertos, es uno de los mayores regalos que me ha podido dar la vida.

Y ver a Diego con su hijo es tan... tan... emotivo. Quién diría que detrás de esa fachada de tipo duro, hay un gran padre.

Abro la puerta y la escena que me encuentro no tiene precio: Diego y Álex bailando y cantando en el comedor, la canción «Rolling on the river».

Están dando pasos sincronizados lentos, los dos sonrientes. Cuando se percatan de que les estoy observando, Diego pone cara de pillo: «No te vas a escapar», eso dice su gesto. Yo niego con la cabeza, pero ni caso me hace, pues se acerca y me coge de los brazos para atraerme hasta él, mientras Álex sigue con sus movimientos. Justo cuando Diego me pone entre ellos dos, la canción se acelera y los dos me sorprenden dando saltos como locos y gritando a pleno pulmón.

Al final, muerta de risa me uno a ellos y cantamos y bailamos los tres, disfrutando del momento.

Álex, agotado como suele ser habitual en él, a las diez ya está en la cama dormido.

—¿Puedo preguntarte algo? —me sorprende Diego, al sentarse justo a mi lado en el sofá. Cerca, muy cerca, tanto que nuestras piernas se rozan.

—Claro.

—Llevo días pensando en ello y por más vueltas que le doy, no soy capaz de encontrar la respuesta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué hizo tu ex para perder a una mujer tan maravillosa?

Agrando los ojos.

—No lo entiendo, Cecilia —pronuncia, mientras con su mano acaricia mi rodilla—. No imagino que alguien se arriesgue a echar su matrimonio a perder. Se te ve una mujer fiel, honesta, cariñosa... —Su mano asciende por la parte interna de mi muslo, consiguiendo que me acalore—. ¿Qué hizo?

Tiemblo y no sé si es por su contacto, o por tener que narrar mi historia.

—Una vasectomía a escondidas —confieso con los ojos brillantes.

Diego detiene su movimiento, para mirarme y prestarme atención.

—No quería tener hijos —digo con pesar—. Y me negé la oportunidad de ser madre, sin contar con mis anhelos y opinión.

—No te puedo creer —declara aturdido—. ¿Quién es capaz de hacer eso?

—Salvador —sentencio.

Así de fulminante es la verdad. Y ahora me encuentro con este panorama, con treinta seis años y sin familia.

Escucho un suspiro de frustración.

Levanto la cabeza y mis ojos se encuentran con los de Diego.

Trago con dificultad, su mirada hambrienta de deseo me excita.

—No me mires así —le ruego.

—¿Cómo te miro?

—Con hambre.

Sonríe de medio lado y se acerca más a mí.

—Preciosa, es que me muero por comerte entera.

Debo de estar loca, pues nada más terminar la frase, mi boca se pega a la suya.

¡Madre mía! No ha mentido, este hombre no va a dejar de mí ni los huesos. Y la verdad, estoy deseando que no pare.

—Diego... —susurro al notar su boca en mis pechos—. Puede salir Álex.

Se detiene, me mira y asiente.

—Tienes razón —murmura—. Mejor vamos a tu dormitorio.

Y sin darme tiempo a pensar, ya me está arrastrando hasta allí.

Una vez en la cama, nos entregamos el uno al otro, con ferocidad, asegurando que ambos nos deseábamos desde hace tiempo.

Al terminar, y con la precaución de haber sido lo más silenciosos posible, nos lavamos y nos vestimos. Puede que Álex no se haya despertado, pero tampoco queremos correr el riesgo de que nos pille en la cama, desnudos.

—¿Por qué Carlota te lo pone tan difícil con Álex? —pregunto al tiempo que acaricio su pecho.

Noto que su respiración se vuelve más rápida.

—No quiere divorciarse.

—No puede negarse, al final tendrá que acatar la orden del juez —aseguro.

Diego se mueve inquieto y lamento haber preguntado.

—Lo siento, no debí preguntar —me disculpo.

Su reacción es rápida. Me abraza y me besa con sentimiento.

—Es complicado, Cecilia —confiesa con cierto temblor en la voz—. Pedí el divorcio al enterarme de que me había sido infiel.

Ladeo mi cuerpo y dejo el codo apoyado en la almohada para mirarle bien.

—Me enteré el día que operaron a Álex de apendicitis —dice con un pesar que me mata—. Cuando me ofrecí a donar sangre para su operación y el médico aseguró que Álex, por su grupo sanguíneo, era imposible que fuese mi hijo.

Parpadeo varias veces, necesito saber que esto es real.

—Después de cinco años, no... no... —titubea—. No podía creerlo, ¿cómo puedes dejar de sentirte padre?

No sé qué decir, el dolor de Diego es palpable.

—Pedí el divorcio y ella se negó en rotundo —explica con desgana—. Alega que si continúo con el trámite, se negará a dejarme ver al niño.

—Pero es tu hijo.

—¡Claro que lo es! Siempre será mi hijo —sentencia, golpeando con rabia el colchón.

Me quedo pensativa.

—Es un farol —aseguro—. Si guardó el secreto de que el padre biológico era otro, no se atreverá a desvelar su aventura delante de nadie.

Diego me mira.

—Tiene más que perder que tú.

—No, si me quita a Álex, me lo quita todo —declara honesto.

Acabo de enamorarme sin medida de Diego con esta afirmación.

—Si no quiere divorciarse es porque no tiene trato con el verdadero padre —aclaro con rapidez—. Con el hombre que la dejó embarazada.

Está claro que el único y verdadero padre es Diego, así lo está demostrando.

—Por lo tanto no dará señales de vida para exigir su paternidad —continúo mi explicación—. Y como

Álex lleva tu apellido, a efectos legales eres su padre. En realidad está aprovechándose de tu buen corazón, pues en un juicio ella es la que más tiene que perder.

Veo inquietud y esperanza a la vez en su mirada.

—¿Has hablado de esto con tu abogado?

Niega con la cabeza.

—Eres la única persona que lo sabe.

Me conmueve que haya depositado tanta confianza en mí.

Le beso con ternura.

—Mañana si quieres ve a verle, yo puedo quedarme con Álex.

—Me da miedo —confiesa—. Si Carlota me quita a mi hijo, te aseguro que seré un hombre muerto.

Le abrazo intentando pasarle todo mi amor, que se sienta protegido.

Estoy nerviosa, Álex se ha quedado dormido.

Diego salió a las cinco de la tarde para reunirse con su abogado y son las diez de la noche y todavía no ha regresado.

¿Y si yo estaba equivocada y Carlota al final cumple sus amenazas? ¿Puede una persona tener tanta maldad?

Miro el sobre que está encima de la mesa y aprieto los labios. A mí me llegaron esta mañana los papeles del divorcio firmados, y me siento extraña. Pensé que al recibirlos me dolería en el alma, que pasaría el día llorando... Pero no, ahora lo único que siento es lástima por haber amado a un hombre que me robó más de lo que le debería haber permitido. Hasta ayer no me di cuenta. Salvador no me amaba, por eso no voy a derramar una lágrima más por él.

Diego entra en la casa, alejando mis recuerdos.

Me pongo en pie nerviosa.

Él se acerca, lleva sus manos a mi nuca y me besa como si no hubiese un mañana.

Apenas me deja preguntar, su lengua no quiere despegarse de la mía, y sus brazos fuertes me aúpan. En esta posición me lleva hasta la cama.

—¿Qué...?

Pone su dedo en mi boca, consiguiendo que me quede callada.

—Hoy tengo dos cosas que celebrar.

Levanto las cejas para que sea más explícito.

—Por un lado, después de pasar media tarde con el abogado, fui a ver a Carlota —se explica sonriente—. Tenías razón, iba de farol.

Mi corazón se acelera, contenta al ver su alegría en la cara.

—¿Y la segunda? —pregunto.

Acaricia mi cara con sus labios.

—En realidad, depende de ti que pueda celebrarlo o no.

—¿De mí?

Asiente y sus ojos se clavan en los míos.

—Voy a ser un hombre libre —dice sin apartar la mirada—. Y voy a poder rehacer mi vida de nuevo.

Apenas parpadeo.

—Ya tengo un hijo —asegura—, pero quiero volver a tener familia... —Se queda callado, estudiando mi reacción—. Y ahora mismo, la única mujer con la que me gustaría poder tenerla es contigo.

Una lágrima rueda sin poderlo evitar. La besa con los labios para pararla.

—¿Me amplías el contrato de alquiler? —pregunta con una sonrisa burlona.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Qué te parece para toda la vida?

Sonrío y le beso con adoración.

—Me parece que vamos a celebrarlo.

Diego me abraza con fuerza y así sellamos el nuevo contrato.

Julio

Aprender la lección

Estoy con un ramo de flores en una mano, y el móvil en la otra. Debo tomar una decisión.

Hoy tengo una cita con Winona. Después de casi un año de buena amistad entre los dos, tuve el valor de pedirle una cita el lunes pasado.

Por otro lado, ayer conocí a Selena, la mujer más bonita del planeta. No sé qué ocurrió ni en qué momento, pero después de media hora hablando, acabamos quedando hoy a la misma hora que tenía concertada mi cita especial con Winona.

Y he aquí mi dilema: Winona o Selena.

Voy a mirar los pros y contras, antes de tomar la decisión.

Con Winona tengo una relación fantástica. Hay veces que incluso me asusto de lo bien que nos llevamos y la perfección con la que nos compenetramos.

Uff... Suspiro.

Pero Selena es... Jamás pensé conocer a una mujer tan hermosa. Por más que la miré ayer, no encontré en ella ninguna imperfección.

Uff... Vuelvo a suspirar.

Si yo fuese un tío guapo, de esos que tienen a las mujeres rendidas a sus pies, dudo que tuviese este dilema. Pero teniendo en cuenta que soy bastante normalito, que una mujer como Selena se fijase en mí, es algo que debería aprovechar, no creo que tenga otra ocasión de estar con una mujer así.

Pero Winona no se merece mi desplante. Puede que ella no sea tan hermosa, pero tiene mil cualidades que enamoran.

Miro el reloj y el tiempo se me acaba.

Cierro los ojos, esperando encontrar así la respuesta.

Al abrirlos ya sé qué decisión tomar.

Marco su número y espero su voz.

—Hola, ¿qué pasa? —pregunta risueña.

—Hola, verás, tengo que cancelar la cita —digo con tranquilidad—. Algo me ha sentado mal.

—Ah... —Su voz suena preocupada—. ¿Has ido al médico?

—No, no —respondo—. Es tan solo un dolor de estómago, mañana seguro que estoy mejor. Lo lamento. De verdad que lamento tener que...

—No pasa nada, podemos aplazarla para otro día —asegura.

—Claro, mañana te llamo, ¿de acuerdo?

—Muy bien, cuídate.

En cuanto corto la llamada, lamento haber mentido de esta manera. Algo me dice que estoy perdiendo una gran oportunidad.

Bueno, voy a ponerme en marcha, ya no hay vuelta atrás.

Llego a mi destino y toco con los nudillos la puerta.

Winona abre con una gran sonrisa en los labios.

—¿No dijiste que te encontrabas mal?

¡Tierra trágame! ¿Qué hace Winona aquí?

—Sí, bue... bueno, yo —titubeo—. Verás...

Selena aparece justo detrás de Winona.

—¡Adam! —se expresa con júbilo—. Pasa, pasa, no te quedes en la puerta.

Winona me encañona con la mirada.

Trago con dificultad.

—Mira Winona, te presento a Adam —nos presenta Selena, al tiempo que coge el ramo que he traído para ella.

—Disculpadme —se despide Winona—. Tengo cosas que hacer.

Se me acaba de partir en dos el alma, al escuchar la voz lastimera de Winona.

Quisiera decir algo para retenerla, pero no me salen las palabras, solo puedo mirar cómo se aleja.

¡Qué bonita está hoy! Se había arreglado para nuestra cita. En un año no la había visto con vestido y tacones, y menos maquillada y con el cabello suelto. ¡Menuda melena! Hasta hoy no me había fijado, al llevar siempre el pelo recogido en un moño bajo.

—Pobrecilla —se pronuncia Selena—. Tenía una cita y su pareja la ha dejado plantada. Por cierto, el chico se llama igual que tú, curioso ¿verdad?—me informa—. Qué pena, estaba muy ilusionada.

Me siento un auténtico desgraciado al escucharlo.

—¿Nos vamos? —me apremia.

—Sí. Será lo mejor.

Llegamos al restaurante donde tengo una mesa reservada.

Después de dos horas en las que Selena no para de hablar y hablar, me doy cuenta de que sí es la mujer más hermosa que he visto, pero no tenemos nada en común.

Está estudiando diseño de moda. Es su gran vocación.

Doy fe de ello, porque solo habla de eso. No tiene ninguna otra afición.

Suspiro derrotado.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? —indaga.

—No, no, no es eso.

Va a preguntarme algo, pero un amigo se para justo ante nuestra mesa.

Me escruta con la mirada, no entiende qué hago aquí sin Winona. Aun así, no pregunta y lo agradezco, no sabría qué responder a eso sin parecer un gilipollas delante de Selena.

Los presento y nos propone ir a un sitio de copas.

Al llegar, el local está abarrotado, pero el encanto de Thomas consigue que nos den una mesa para cuatro.

Una hora más tarde, Selena y Thomas parecen estar divirtiéndose. Entre ellos ha surgido una química muy buena. La que yo tengo con Winona y he echado a perder.

Después de unas cuantas copas de más, los tres estamos algo contentos, y de mis labios sale la confesión. ¡Odio beber! Se suelta mi lengua y parezco un perro lastimero, lamiéndose las heridas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me acusa Selena, después de confesar lo que he hecho—. Eres idiota —me insulta—. Winona estaba muy ilusionada, tú le gustas mucho.

Echo la cabeza atrás, apoyándola en el respaldo de la silla.

—Tiene razón, eres un idiota —me recrimina Thomas.

—Madre mía, lleva meses y meses hablando maravillas de ti —confiesa Selena—. Que si Adam esto, que si Adam lo otro... y el lunes pasado llegó dando saltos de alegría. Estaba muy contenta y muy nerviosa. ¡Por fin le habías pedido una cita!

Escucho atento a Selena y cada vez me siento más miserable. No debería beber más, pues al paso que voy acabaré pareciendo un muñeco llorón, pero necesito esa copa, para olvidar este día por completo de mi mente. Sobre todo la imagen de Winona con ese vestido rojo, tan ceñido a su cuerpo como una segunda piel. Y esos labios pintados del mismo color, que gritaban «bésame».

Ayer estuve llamando a Winona para disculparme, pero no me coge las llamadas. Y para colmo, parece que hoy se la ha tragado la tierra, pues no la he visto por ningún lado del campus. No es que Oxford sea pequeño, pero siempre nos movemos por los mismos sitios. Y además, coincidimos en dos clases.

¡Por fin! Acabo de localizarla saliendo de su clase de lengua románica.

—Winona —La llamo, justo a su espalda.

Se da la vuelta con lentitud.

—¿Sí?

—Necesito hablar contigo —confieso—. Quiero aclarar las cosas.

Hace una mueca con los labios y me interrumpe.

—Las cosas están muy claras —asegura—. Me dejaste plantada por Selena.

¿Qué puedo rebatir a esa afirmación?

—Y no sabes cuánto lo lamento.

—Sí, claro que lo sé —dice, perdonándose la vida con la mirada—. Te salió mal y ahora vienes a disculparte, con la esperanza de que te dé una oportunidad.

Dicho así suena mal, aunque no va desencaminada.

—No...

Me interrumpe, levantando la mano.

—La elegiste a ella, Adam —pronuncia derrotada—. Y de no haberme mudado a su piso hace unos días, no me hubiese enterado. ¡Me mentiste! Y eso no podré perdonártelo, no lo merecía.

—No lo merecías, Winona —digo honesto, pues es la verdad—. Y lamento de corazón lo que hice, pero no puedo borrarlo, y sé que ha sido el mayor error de mi vida.

—Tengo que irme —se despide.

—Por favor, no perdamos nuestra amistad —suplico.

Se da la vuelta con brillo en la mirada.

—Tú la destruiste en el mismo instante en que me mentiste —sentencia—. Podría haberte perdonado que me dejases plantada por Selena, si hubieses sido sincero. Al fin y al cabo, no tenías obligación de una cita si no la querías conmigo. Pero tu mentira no solo impidió que hubiese pasado algo más entre nosotros, sino que acabaste de un plumazo con nuestra amistad. ¡A los amigos no se les miente!

Sin dejarme responder, vuelve a darse la vuelta y se marcha a pasos agigantados.

Qué puedo decir... Tiene razón en todo.

Ha pasado un mes y cada día me siento más solo.

Sin Winona a mi lado nada tiene sentido. Ya no me divierto, ni tengo ganas de salir. Estoy tan desmotivado que apenas tengo ganas de estudiar, y siempre he sido un buen estudiante.

Thomas y Selena por el contrario parece que cada día están mejor. Al ser mi compañero de piso, estoy al tanto de todos sus avances en esa relación.

Ahora está esperándola, han quedado para ir al cine.

Suspiro al recordar esas sesiones junto a Winona, en las que al salir de la sala, comentábamos la película a conciencia. ¡Cuánto la echo de menos!

—¿Quieres venir con nosotros? —pregunta Thomas.

—No, no me apetece salir —respondo, fingiendo estar estudiando.

—Adam, llevas más de media hora en la misma página —comenta—. A mí no me engañas, tienes la cabeza en otra parte.

Me encojo de hombros.

—Bien, esta es la situación —dice al tiempo que me quita el libro de las manos—. Vas a venir con nosotros al cine.

Voy a protestar y me lo impide, levantando la mano para que no diga nada.

—Winona te echa de menos.

Es escuchar su nombre y se me acelera el corazón.

—Lo dudo.

—Lo que pienses o dejes de pensar me da lo mismo —sentencia—. La chica por alguna extraña razón, ya que no comprendo su razonamiento... —intenta bromear—, está colada por tus huesos.

Me inclino hacia adelante para prestar atención.

—Ha pasado un mes y aunque está dolida por lo que hiciste —me explica con tranquilidad—, te echa de menos.

—Eso no quiere decir que esté colada por mis huesos —razono.

—Entonces no encuentro la lógica a que se pase los días llorando por los rincones cada vez que te veo o sales en alguna conversación, ¿no crees?

Me pongo en pie.

—¿Eso es cierto?

—No te lo diría de no serlo —asegura—. Además, Selena me mataría si se enterara de que te lo estoy contando.

Asiento con la cabeza, esa información se la ha dado Selena.

Me quedo pensativo y llego a una conclusión.

—Winona va a ir al cine con vosotros, ¿cierto?

La sonrisa de Thomas se amplía.

—Siempre has sido muy avisado —se mofa.

Dos horas y media más tarde, salimos los cuatro del cine.

Thomas y Selena aunque intentan disimular, están todo el rato pendientes de Winona y de mí.

Nos hemos cruzado un par de palabras al saludarnos y poco más.

—Buenas noches, chicos —se despide Winona.

—Espera, te acompaño —Me ofrezco.

—No es necesario...

—Yo creo que sí.

Selena mira a Winona y le hace una seña, intentando echarme un cable.

—Está bien —Accede.

Caminamos uno pegado al otro pero sin llegar a tocarnos. Mi mente no para de dar vueltas, necesito encontrar la manera de que esta situación acabe de una vez por todas.

Faltan menos de cien metros para llegar al apartamento que comparte con Selena y no hemos hablado.

¡Tengo que encontrar la solución! Maldita sea, tiene que haber algo.

Los nervios se apoderan de mí y alargó la mano para sujetar el brazo de Winona. De esta manera consigo que se pare.

—Te echo de menos —reconozco.

—Es un alivio saber que a pesar de todo no fui tan indiferente para ti —comenta con un tono de voz que apenas reconozco, no sé si lo dice en plan irónico o con pesar.

—Tú nunca podrías ser indiferente para mí —recalco—. Nunca.

—Aunque tampoco tan importante —se queja.

—Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! —se expresa alterada—. De haberlo sido ni siquiera Selena habría conseguido que me dejases tirada.

Me maldigo una y otra vez.

—Mírame —suplico, ya que ha apartado la mirada—. Soy un completo desastre, en todos los sentidos —confirmo—. Cuando Selena me dijo de quedar, por una vez me sentí especial.

Winona no interrumpe, está atenta a lo que digo.

—Una mujer preciosa, pidiéndome una cita —aludo al día que la conocí—. ¡No podía creerlo! Y mi gran error fue dejarme llevar por una subida de autoestima.

—Te dejaste llevar por la atracción que sentiste hacia ella.

—No fue por la atracción, Winona —aclaro—. Es una mujer bella, eso no puedo negarlo, pero nunca he sentido atracción por nadie, excepto por ti.

Niega con la cabeza.

—Puedes estar enfadada conmigo. Tienes derecho a odiarme. Comprendo que me evites desde ese día —digo sin apartar la mirada de ella, para que sepa que no miento—. Pero no puedes negar la atracción y compenetración especial que siempre hemos sentido el uno por el otro.

—¿Y de qué sirvió? —me recrimina—. No valió para nada, puesto que tú en cuanto encontraste a otra mujer más bella te olvidaste por completo de mí.

—No.

—Sí, Adam. Pudiste elegirme a mí, pero preferiste elegirla a ella.

—Y lo estoy pagando muy caro, ¿no crees?

Arruga la frente.

—Ese mismo día me di cuenta de que no podría estar más a gusto con nadie de lo que lo estoy contigo —confieso la verdad, ya no hay nada que perder—. Tenía delante a una mujer hermosa, y sin embargo solo podía pensar en ti.

—Y esperas que te crea —pronuncia sarcástica.

—Me gustaría que lo hicieras —ruego—. No lo merezco, pero lo deseo, porque llevo un mes odiándome por haberte perdido. Has conseguido que nada tenga sentido para mí.

—¿Yo?

—Sí, tú, Winona —afirmo—. No me apetece ir a pasear, porque en esos paseos tú y yo nos divertíamos juntos. Ya no quiero escuchar las canciones que tanto nos gustaba compartir, porque no estás a mi lado para disfrutarlas. Y soy incapaz de centrarme en los libros, porque tú ocupas mi mente a cada segundo. ¡No puedo seguir así! Ódiame si quieres, pero por favor, te lo suplico, no me alejes de ti.

Observo una tímida sonrisa.

—Lo que estás diciendo no tiene sentido —pronuncia, intentando esconder su alegría—. Si te odio, no tendría sentido que estuviese cerca de ti.

—Lo tendría para mí —aseguro—. Ya no te echaría de menos. Este dolor es angustioso, Winona, no lo soporto.

Sus ojos se agrandan, vuelvo a ver en ellos la chispa de siempre.

Tiemblo, mientras espero que ella tome una decisión.

—No sé si podré volver a fiarme de ti —dice haciendo un mohín.

—Nunca he sido perfecto —concluyo—. Y solo el tiempo confirmará si puedes o no fiarte de mí.

Parece que se lo piensa.

Alarga su mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Igual es el momento de empezar a descubrirlo —comenta sonriente—. ¿Te apetece tener una cita especial conmigo?

Mi corazón se desboca.

—Contigo a partir de este momento, lo quiero todo.

Winona asiente y me hace una seña para que la siga.

Con las manos enlazadas caminamos durante un buen rato. Charlamos animadamente, como siempre habíamos hecho antes.

Ha pasado una hora y parece que ninguno de los dos quiere dar por finalizada la velada, así que nos sentamos en un parque; es lo que tiene echar de menos a alguien durante un mes, necesitas compensar el tiempo perdido.

—Winona —pronuncio su nombre con cariño, interrumpiendo la conversación que estamos manteniendo.

—¿Sí?

—Voy a besarte.

—Ya era hora, pensaba que tardarías otro año en hacerlo —se mofa, ya que me costó todo un año reunir valor para pedirle esa cita especial.

Cuando su boca y la mía se juntan, sé que ya nada ni nadie va a separarnos de nuevo.

Como buen estudiante, puedo decir que he aprendido la lección.

Agosto

El triunfo

Nadie dijo que la vida fuese sencilla, aunque tampoco me advirtieron de que sería tan difícil.

Miro al hombre que está plácidamente dormido a mi lado y sonrío con tristeza.

Cierro los ojos e intento memorizar este momento. Es la última vez que voy a verlo.

Me levanto de la cama y salgo a hurtadillas. Sé que cuando se despierte y vea la nota que le he dejado de despedida, gritará y maldecirá una y otra vez, pero esta relación no puede continuar. Siempre nos perseguirán las habladurías, y estoy cansada de las acusaciones y mentiras que toda su familia se empeña en inventar cada día.

Me casé hace diez años siendo una cría de diecinueve. Arturo tan solo tenía uno más que yo. No sé si fue por amor, por estupidez o por rebeldía, pero cometimos un gran error. Al año y medio nos divorciamos.

Hace cinco coincidí con mi excuñado Benjamín en un crucero por el Mediterráneo, y ocurrió lo que menos esperábamos: nos enamoramos.

Benjamín es un hombre hecho y derecho de treinta y ocho años, y yo soy la sinvergüenza que se aprovechó de Arturo y que ahora quiere robarle el dinero a su hermano mayor. Eso es lo que la familia de Benjamín piensa, puesto que él es el hermano triunfador: Un afamado presentador de televisión. Y eso que en su familia, todos son muy conocidos por los medios de comunicación. Su padre es político, su madre locutora de radio y mi ex, el cabeza hueca que solo sale en la prensa de fiesta en fiesta.

Sé que voy a lamentar cada día de mi vida esta decisión que he tomado, pero no puedo pasarme el resto de mis días escondiéndome de los demás. No lo merezco, no he hecho nada malo.

Estoy a punto de salir por la puerta principal, cuando las manos de Benjamín me sostienen por los hombros.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta molesto.

Cierro los ojos e inspiro fuerte, antes de darme la vuelta para afrontar esta situación.

—¿Qué significa esto? —Me pregunta, alzando la nota que le he dejado.

—¿La has leído?

Asiente con la cabeza.

—Es la mayor majadería que he leído en mi vida —asegura— ¿Cómo se te ocurre decir que es lo mejor para los dos estar separados?

Trago saliva, parece muy enfadado.

—La verdad... —sentencio—. Si continuamos al final acabaremos odiándonos.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

Me retuerzo las manos, estoy apenada y angustiada a la vez.

—Porque nunca seré suficiente para tu familia —confieso con pesar—. Siempre me verán como la inmadura que primero se casó con un hermano y ahora se está tirando al otro.

—¡Cállate! —grita—. No se te ocurra decir algo así de nuevo.

—Es lo que piensan —digo irritada—. Estoy cansada de esconderme.

Benjamín resopla.

Clava esos ojos negros en los míos y parece estar intentando leer mi alma.

—Meli, deja de ver fantasmas —me recrimina—. Mi familia tan solo nos ha pedido un tiempo prudencial para dar la noticia.

—¡Cinco años! —exploto—. Llevo cinco años escondida de todo y de todos. ¿Por qué Benjamín? No he hecho nada malo para tener que aguantar esto. Sí, me casé siendo una cría y lo he pagado con creces, pero ya he madurado.

Me mira con lástima.

—En tres meses acabará la campaña electoral...

Le interrumpo.

—Me debéis de tomar por tonta —alego—. ¿Qué le importa a la prensa que yo sea la exmujer de tu hermano, para que tu padre gane o no unas elecciones?

—La prensa busca escándalos.

Agrando los ojos.

—¿Eso soy? ¿Un escándalo?

—Claro que no —responde exasperado sin saber qué más decir.

—Solo hay dos opciones —argumento—. Dejar de escondernos o separarnos.

Benjamín me acribilla con la mirada.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Tómalo como quieras, pero yo no puedo seguir así.

Niega con la cabeza.

—No me lo puedo creer, ¿vas a echar por tierra una relación de cinco años, así, de la noche a la mañana?

Resoplo.

—Tú lo has dicho, cinco años —digo con pesar—. Creo que es tiempo más que suficiente para demostrar que esto no es una aventura pasajera, ¿no crees? Pero parece que todo cuanto hago no es valorado ni por ellos ni por ti.

—Si eso es lo que piensas...

—Es lo que me estás demostrando.

Levanta la carta que todavía lleva en las manos.

—Parece que para ti decir adiós es muy sencillo —pronuncia con rencor—. De no haberme despertado, esto —aprieta con fuerza la nota—, sería todo cuanto me esperaba de ti. ¡Una maldita carta de diez líneas!

Su grito me asusta, doy un sobresalto.

—No podía continuar, Benjamín —reconozco con pesar—. Ya no puedo seguir así, me hace daño.

Asiente con la cabeza.

—Bien, si tanto daño te hago, márchate —me apremia—. Sal cuanto antes de mi casa y olvidemos estos cinco años.

Se me empañan los ojos. No me comprende.

—Benja...

—Márchate, Amelia —ruega—. No quiero seguir siendo el causante de tu dolor.

Con gran pesar, abandono la casa.

Han pasado cinco días y ni una sola llamada.

Me tumbo en el sofá, sin ganas de nada. Solo quiero ver y abrazar a Benjamín. Sentirme protegida entre sus brazos, escuchar sus risas y besarlo.

Suena el timbre de la puerta y mi corazón se acelera. ¡Tiene que ser Benjamín!

Al abrir la puerta me quedo paralizada.

—¿No piensas darle un beso a tu exmaridito? —bromea Arturo.

Lo pienso detenidamente, ¿por qué no habría de hacerlo? Antes de separarnos fuimos grandes amigos.

Al ver la sonrisa que me dedica, sé que ese amigo del pasado ha regresado. Me adelanto y le doy un fuerte abrazo.

—¿Sabes, Meli? Hay ocasiones en las que te echo mucho de menos —confiesa en mi oído—. Hicimos mal muchas cosas, pero en otras fuimos fantásticos.

Cierro los ojos y recuerdo el pasado. Tiene razón, no voy a negarlo.

Me separo y le invito a entrar. Vamos directos al sofá y nos sentamos.

—¿Qué te trae hasta aquí? —pregunto.

—Tú —aclara con rapidez—. Bueno, tú y mi hermano.

Cierro los ojos.

—¿Te ha contado algo? —indago, sé que últimamente no están muy bien entre ellos.

—No, pero resulta que ayer mi madre estaba muy feliz —Hace una mueca cómica, pues esa mujer nunca es feliz si no destroza a alguien—, y escuché cómo contaba a su mejor amiga, lo contenta que estaba porque Benjamín acudirá mañana, acompañado por una actriz muy famosa, a la gala benéfica que mi padre ha organizado.

Siento que me mareo, ¿cinco días le ha costado olvidarse de mí?

Arturo me mira.

—¿Vas a permitirselo? —me pregunta serio.

—¿Qué quieres que haga? Parece que ya me ha olvidado —respondo con una lágrima en los ojos—. Pensé que...

Al quedarme callada, Arturo me apremia para que continúe.

—¿Qué?

—Que durante estos días separados, él se daría cuenta de que nuestra relación necesitaba dar un paso más. ¿Me entiendes?

Asiente con la cabeza.

—Que dejaseis de ocultaros —aclara, dando en el clavo.

—Sí, pero ya veo que me equivoqué... una vez más.

Aprieta los labios con lástima.

—Éramos jóvenes —sonríe—, y muy rebeldes por entonces.

Asiento con la cabeza y siento nostalgia de aquellos días.

—Tú no has cambiado mucho —comento—. Te he visto en unas cuantas revistas y programas de televisión, de fiesta en fiesta.

Suelta una carcajada.

—Alguien tiene que ser la oveja negra de la familia —bromea—. Nunca me han gustado las normas que intentan imponer en mi casa.

—Sí, eso es cierto —afirmo—. Ojalá Benjamín pensara algunas veces como tú.

—De hacerlo acabaría separado de ti.

—Lo ha hecho incluso sin hacerlo.

—Es idiota, pero por alguna extraña razón, sigue siendo mi hermano y le quiero —confiesa—. Y por eso estoy aquí. No voy a permitir que cometa el mayor error de su vida. Tú y él estáis hechos el uno para el otro.

Agrandando los ojos, ni en mis mejores sueños pensé que Arturo reconocería algo así, creía que estaría enfadado conmigo.

—Pensaba...

—Sé lo que pensabas, y la verdad, culpa tuya por no llamarme y contármelo, te habría dicho que me alegraba por ambos... —le interrumpo.

—Tu madre me dijo que te habías enfadado mucho —explico—, que por eso no podía ir con Benjamín en navidades, porque tú no querías vernos juntos.

—¿Y la creíste? —pregunta incrédulo—. No puedo creerlo, Meli. Sabes de sobra que mi madre solo vive para fastidiar al prójimo.

Siento pena y alegría al mismo tiempo. Esto no puede ser verdad.

—¿Por qué Benjamín no me dijo nada entonces? ¿Él sabía que tú no estabas enfadado?

—Lamento decirte que te has enamorado del hermano tonto —. Se carcajea—. Se cree todo lo que le dice mi madre, por eso he venido a solucionar lo vuestro.

—No veo ninguna solución —aseguro—. Ya no quiere estar conmigo.

—No digas tonterías, Meli —me recrimina—. Está loco por ti. Y mañana conseguiremos que se dé cuenta de que es mejor dejar de intentar ser el hijo perfecto, que dejarte escapar.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Vas a ser mi acompañante. En cuanto nos vea juntos, saltará —sentencia—. ¡Se volverá loco de celos!

Lo dudo, él va a ir acompañado de una actriz famosa, yo no soy nadie.

Arturo debe de intuir lo que pienso. Se pone en pie y me invita a seguirle.

—Ponte un vestido precioso. Te prometo que conociendo a mi hermano y lo que siente por ti, no habrá más mujer en esa fiesta que acapare su atención —Me acaricia la mejilla—. Ya no somos aquellos críos insensatos, Benjamín al vernos no podrá soportarlo. Así que mañana será el primer día de tu nueva vida.

—¿Qué vida?

—La de vivir junto a mi hermano como os merecéis, sin tener que ocultaros.

Estoy nerviosa. La madre de Arturo, al vernos, nos ha brindado una mirada afilada. Suerte que estaba la prensa delante, de lo contrario habría montado un numerito.

Al llegar al photocall veo a Benjamín posando con su acompañante. Me tiemblan las piernas y una gran pena se apodera de mí, siento que voy a llorar de un momento a otro.

Arturo me aprieta la mano, le miro y veo en él una gran sonrisa.

—Sonríe, preciosa, no demuestres debilidad.

Asiento lentamente con la cabeza, saco fuerzas de no sé dónde, e intento hacer lo que me pide.

Nos toca a nosotros posar, y Benjamín, al verme, agranda los ojos. Su acompañante le da un pequeño toque en el codo para que se mueva.

—Hermanito —saluda irónico, Arturo, al pasar por el lado de Benjamín.

Después de recibir cientos de frases que me dejan casi ciega, nos retiramos para entrar al evento.

Benjamín está a diez metros, con su mirada más gélida, clavada en mí.

Arturo, al verlo me rodea con su brazo por los hombros. Benjamín aprieta los puños y yo siento que me voy a desmayar por los nervios.

—Te dije que no habría ninguna otra mujer que llamase su atención —me recuerda, susurrante, en el oído—. No sé cuánto soportaré esta situación, pero me da que hoy me voy con un ojo morado. ¿Te imaginas? ¡Menudo escándalo! —bromea, al imaginar a su madre muerta de vergüenza.

Yo no sé ni qué decir, no puedo apartar los ojos de Benjamín.

—Amelia, no lo mires más —me aconseja—. Que sepa qué se está perdiendo.

Me doy la vuelta, siguiendo su consejo, aunque tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no girarme y correr hasta él, gritar que le amo y que le necesito a mi lado para ser feliz. Que me estoy muriendo por dentro y sé que no volveré a conocer la felicidad si él no está.

Durante una hora Arturo me lleva de un lado a otro para codearnos con la gente, y mis ojos, incapaces de obedecer, buscan a Benjamín por todas partes. ¡Quiero morirme! La actriz ha rodeado con su brazo al hombre que amo por la cintura. Él no se aparta, más bien parece encantado.

Siento que la tierra deja de girar al llegar a una conclusión: Me ha olvidado.

Necesito salir de aquí. No puedo soportar más esta situación, me duele demasiado.

Sin saber muy bien dónde ir, mis pies se mueven de un lado a otro, hasta llegar a una salida de emergencia, por la que me escabullo y doy gracias de que no haya saltado la alarma.

Nada más salir al exterior, la oscuridad me envuelve. Solo se ve una brizna de luz a lo lejos de la calle. Estoy en medio de un callejón, apartado de todo.

Apoyo mi espalda en la pared y tomo aire, lo necesito, mientras retengo las lágrimas. No se merece que lllore, no cuando él está con otra mujer y parece que nunca le he importado.

Cierro los ojos con fuerza y digo una frase en voz alta.

—Soy una estúpida.

—Ya lo puedes jurar —asegura, Benjamín.

Mi corazón se acelera, mi rabia crece y mi estómago se encoje, al abrir los ojos y verle delante de mí.

Durante un momento, nos quedamos en silencio, acostumbrándonos a la oscuridad, hasta que por fin nuestras miradas se encuentran y se reconocen.

—¿Qué estás haciendo con mi hermano?

—Lo mismo que tú con la actriz —respondo.

Su mirada se intensifica.

—Entonces el idiota —sentencia—. Eso es lo que estamos haciendo.

Mi respiración se acelera. Benjamín lo nota, se pega a mí y se agacha para estar a la misma altura.

—¿Tengo razón? —susurra pegado a mi boca.

Al notar su fresco aliento me estremezco. Mis nervios se apoderan de mí y mis labios tiemblan. No puedo hablar, la congoja me lo impide; en el momento en que pronuncie una palabra, acabaré llorando.

Levanta su mano y acaricia mi barbilla.

—¿Por qué tiemblas?

—Por... porque... —titubeo—. Porque estás aquí y no puedo tocarte y besarte como quiero.

Noto que sus labios esconden una sonrisa.

—¿Por qué no puedes?

—Porque tú ya estás con otra —declaro y mis lágrimas salen a la luz.

Su boca atrapa mis lágrimas. Su contacto me mata y me excita a partes iguales.

—Si te das cuenta, aquí no hay nadie más que tú y yo —pronuncia mientras sigue acariciando mi mejilla con su boca—. Depende de ti que sigamos siendo dos.

—¿A escondidas? —indago presa del pánico por su respuesta, pues si nuestra relación no avanza, moriré de pena.

Se echa atrás y odio esta lejanía.

—¿Era eso lo que pretendías al venir con mi hermano? —pregunta molesto—. ¿Buscabais un escándalo?

Niego con la cabeza.

—Dime, ¿qué pensará ahora la gente si nos ve marcharnos juntos de aquí? —inquieta enfadado—. Te diré lo que pensarán: Benjamín abandona a la actriz Valeria Santoni, escapándose con su excuñada Amelia Andrade. No me puedo creer que hayáis demostrado que seguís siendo unos insensatos.

Sus palabras me golpean.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunto desolada.

—Sí.

Trago saliva, doy un paso hacia adelante.

—En ese caso, me doy por vencida —aseguro, derrotada—. En cinco años no has llegado a conocerme. No buscaba un escándalo, solo intentaba poder recuperarte... —mi voz se quiebra—. La desesperación nos hace cometer errores —confieso—. Tú nunca los cometerás, porque eres el hijo perfecto. Cuando llegues a amar como yo te he amado a ti, comprenderás hasta dónde somos capaces de llegar por desesperación.

Benjamín me mira con intensidad, como si le molestasen mis palabras.

—Aquí se separan definitivamente nuestros caminos —me despido—. Hasta siempre.

Echo a andar, alejándome del hombre que me ha robado el alma, el que se queda mi corazón y al que jamás podré olvidar.

Estoy a punto de llegar a la calle principal. Me limpio las lágrimas porque puede que todavía quede algún periodista curioso, que se preguntará qué hago saliendo a escondidas por la parte de atrás y en esas circunstancias.

Los brazos de Benjamín me retienen, rodeándome por completo por la cintura, desde atrás. Pega su boca a mi oreja.

—No quiero ser el hijo perfecto —susurra—. Quiero ser el marido y padre de tus hijos. El hombre que siga ocupando tu corazón. El único que esté a tu lado el resto de tu vida.

Cierro los ojos, rezando para que no sea un sueño.

Me gira con lentitud, y abro los ojos.

—Tus últimas palabras me han enseñado la desesperación —asegura emotivo—. No quiero volver a

escuchar un «hasta siempre», a partir de hoy será un «siempre juntos».

Miro de reojo la luz de la calle.

—¿Si hay algún periodista, qué crees que dirá?

Benjamín sonríe.

—Que por fin he encontrado la felicidad.

Su respuesta dice tanto. Ya no puedo mantenerme más tiempo separada de él, me cuelgo de su cuello y le beso con amor.

Al separarnos, me limpia la cara con sus manos. Me da un beso rápido. Entrelaza su mano con la mía y me apremia.

—Sonríe, mi amor, es hora de empezar a vivir nuestra nueva vida.

Así salimos a la calle principal. Y como era de esperar, unos cuantos fotógrafos nos retratan.

Benjamín se para justo delante de ellos.

—¿Queréis una exclusiva?

Le miro extrañada, él me corresponde sonriente.

Los periodistas esperan expectantes.

—Cuando salga mi madre podréis felicitarla —dice sin apartar su mirada—. Su primogénito por fin va a pasar por el altar.

Y sin más, su boca busca la mía.

Los fotógrafos están encantados, les estamos regalando unas cuantas portadas de revista.

Y yo soy feliz. Al final, ha triunfado nuestro amor.

Septiembre

Flechas de Cupido

—¿Por qué hemos venido tan pronto? —pregunto a mi compañero.

—He quedado con Pilar —responde—. La maquilladora.

Le miro, su sonrisa se amplía, y niego con la cabeza. Lleva meses loco por esa muchacha.

Los tres trabajamos para el mismo programa de televisión. Pilar es la maquilladora, Rodrigo el técnico de sonido y yo el cámara. Y aquí estamos, esperando a la nueva protagonista de «Las flechas de Cupido». Ya de por sí el título me parece demencial, claro que, teniendo en cuenta que es un programa en el que se busca el amor, tampoco es tan absurdo.

Me veo reflejado en el cristal del escaparate que da a la calle.

—¿Te das cuenta de que los tíos como nosotros nunca se presentan a estos programas? —pregunto.

Rodrigo suelta una carcajada.

—De hacerlo bajaría la audiencia —asegura—. La gente solo quiere ver a tíos buenos... y mujeres preciosas.

—¿Y qué necesidad tienen ellos de un programa así? —indago molesto—. Los que se presentan no tienen ningún problema a la hora de ligar.

Rodrigo se encoge de hombros.

Estamos cansados de ver siempre lo mismo. Llegan al programa hombres y mujeres a quienes la naturaleza fue generosa con ellos a la hora de entregar belleza. Solo buscan fama. Poco les importa encontrar el amor.

Entra Pili con una muchacha preciosa. Alta, morena y de ojos grisáceos.

—Menudo bombón —declara Rodrigo al verla.

—Hola, chicos —saluda Pili y nos ponemos en pie—. Os presento a mi mejor amiga, Mireia.

—Encantado —decimos ambos.

—Es la nueva concursante —informa—. Está muy nerviosa y por eso os pedí que vinieseis antes, para que os conociese antes de empezar a grabar.

Vaya, otra guapa buscando fama.

Nos sentamos después de los besos de presentación y la chica se disculpa porque tiene que ir al aseo.

—Está atacada de los nervios —confiesa Pilar—. Ha estado a punto de no venir, con lo que me ha costado poder enchufarla. Tiene veintiocho años y sabéis que normalmente no seleccionan a gente con más de veintitrés.

Qué raro, normalmente están como locos todos por empezar a grabar y salir cuanto antes en antena.

—Ya será menos —me mofo.

—Te lo juro, ni siquiera ha visto el programa.

Miro hacia el fondo para asegurarme de que la chica no regresa.

—¿Entonces para qué quiere participar?

—Es bióloga, trabajaba en una empresa que quebró con la crisis y lleva dos años en paro —nos informa—. Se le ha acabado el paro y está desesperada.

Increíble, debe de ser la primera que acude a este programa con estudios.

—Todo esto para ella es...

—¿Tiene pareja? —pregunta Rodrigo, pues no sería la primera vez que otra participante se ha presentado con pareja.

—No.

Al ver que no nos quedamos conformes, pues esta mujer podría tener a cualquier hombre a su lado, repite contundente.

—Oye, es mi mejor amiga. Podéis pensar que estoy cubriéndola, pero os juro que no tiene pareja —asegura—. Hace seis meses que rompió su relación.

—¿En serio? —pregunta guasón Rodrigo, porque le encanta, o más bien, le pone Pilar cuando se mosquea (me lo ha confesado unas cuantas veces).

Aguanto la sonrisa para que no se note que le estamos tomando el pelo.

—¡Y tan en serio! Después de cuatro años con su ex, el muy idiota le dijo que le gustaría probar otras cosas antes de dar un paso más en la relación.

—¿Otras cosas? —vuelve a preguntar Rodrigo.

Pili le brinda una mirada afilada, y cuando va a responder de mala gana, Rodrigo es salvado por la aparición de Mireia.

Pasa casi una hora volando, esta mujer es fascinante. Creo que por primera vez voy a envidiar al elegido para ser su primera cita. Este programa se basa en eso: cinco citas, con cinco hombres distintos, o viceversa. La semana siguiente se sientan en plató, hablan de las cinco citas y en este caso, Mireia, tendrá que eliminar como mínimo a dos de ellos. De nuevo otras cinco citas la semana siguiente y repetimos, hasta que ella decida con quién quiere arriesgarse a salir de allí como pareja.

—Es la hora, chicos —nos anuncia Pilar.

Un chico entra por la puerta y sin necesidad de más, sabemos que es el participante. Una vez más, en el casting han elegido a un guaperas.

Me cuelgo la cámara al hombro, y noto que la mano de Mireia se entrelaza en la mía. Giro la cabeza lentamente para mirarla. Me conmueve la manera en que me mira.

—¿Qué ocurre? —pregunto, con una extraña sensación; no quiero que me suelte. Parece que su mano y la mía encajan a la perfección.

—¿No vas a marcharte, verdad? —indaga preocupada.

Niego con la cabeza.

—Estoy nerviosa, no sé si puedo hacer esto.

Nace en mí un instinto protector que no conocía.

Aprieto ligeramente su mano y bajo la voz para que nadie nos escuche.

—Escúchame, voy a estar aquí —la tranquilizo—. No te fijes en la cámara, mírame a mí, ¿de acuerdo?

Asiente con lentitud.

—Si por lo que sea te sientes molesta, nos avisas. Pararemos la grabación y esperaremos a que estés lista.

—¿Y si intenta besarme? —pregunta alarmada.

Miro al tipo que está esperando al otro lado, junto a Rodrigo y Pilar, y vuelvo a mirarla a ella.

—Solo hará y llegará hasta donde tú le permitas.

Me da un ligero beso en la mejilla.

—Gracias —agradece—. Debo de parecer tonta...

—En absoluto.

Sonríe con timidez y suelta mi mano. Por extraño que parezca me molesta que lo haga. Me gustaba sentirla.

Bien, ella toma asiento y Rodrigo se acerca. Yo conecto la cámara, él ya ha colocado los micrófonos, así que empezamos a grabar la cita.

Pasa hora y media y por fin damos por terminada la grabación. La llevaré al estudio y allí harán el montaje.

Nos despedimos y Mireia nos da las gracias. Rodrigo y yo nos sorprendemos, es la primera vez que hace alguien tal cosa.

Ha pasado un mes, el mismo tiempo que me siento descuadrado. Me paso el día esperando con ansias la hora en la que veré aparecer a Mireia, y no puedo soportar la rabia de tener que aguantar que otros disfruten de su compañía, delante de mí, mientras yo solo soy el idiota que sujeta la cámara.

Para colmo, el programa tiene unas normas: ella no puede tener citas con otros hombres, hasta que decida marcharse con el elegido en el programa. Y eso me mata, porque siempre cabe la posibilidad de que uno de los participantes acabe gustándole de verdad.

Y si eso no fuese suficiente, ayer uno de ellos estuvo a punto de besarla. ¡Lo hubiese matado! Esto se me está escapando por completo, no puedo seguir así, no es bueno para mi salud.

Sé que ella y Pilar llegan siempre una hora antes y según Rodrigo, Mireia lo hace encantada para estar conmigo. Pero soy realista, ¿una mujer tan hermosa se iba a fijar en alguien como yo? Lo dudo. Soy del montón, no tengo nada especial, más bien delgado y poco atractivo. Le caigo bien, pero de ahí a tener posibilidades con ella, hay un abismo. A mis treinta y cinco años, uno ya sabe que no debe fijarse en un imposible. Y Mireia, me guste o no reconocerlo, es uno.

En fin, he quedado con Rodrigo para salir de marcha. Es sábado y hay que intentar divertirse.

Llegamos a una discoteca, ¡no me lo puedo creer! Ahí están Pilar y Mireia.

—¿Nos acercamos? —pregunta Rodrigo.

—¿Por qué no? —digo intentando aparentar despreocupación, aunque para nada es lo que siento.

Al vernos nos saludan, animadas.

Durante un buen rato hablamos los cuatro, hasta que por arte de magia, Rodrigo y Pilar desaparecen, después de haberse dado un beso de tornillo.

—No me lo puedo creer, después de tanto tiempo —bromeo.

—Pili pensaba que Rodrigo pasaba de ella —apunta risueña—. Ya lo daba por perdido.

Los dos reímos, pues han sido unos tontos durante mucho tiempo.

La risa de Mireia cesa, busco con la mirada hacia donde se dirigen sus ojos, y de nuevo siento celos.

—Por lo visto esta noche es la de las coincidencias —digo para ver su reacción, ya que uno de los hombres que ha tenido cita con ella, está en la misma discoteca.

—Sí, eso parece —asegura con desgana—. Creo que es mejor que me vaya, según las normas no puedo tener contacto con ninguno de ellos.

Asiento y me molesta tener que despedirme.

—¿Quieres que te acompañe?

Agranda los ojos.

—¿No sería saltarse las normas? —pregunta esperanzada de que no sea así.

La verdad es que no soy participante, y no le he pedido una cita, ha sido un encuentro casual.

—Creo que no, pero si quieres el lunes se lo comentas a tu redactora, para que sepa que hemos coincidido con Pilar y Rodrigo también.

Ella sonríe y asiente con la cabeza.

Caminamos con tranquilidad. Más bien soy yo el que lleva paso lento, no quiero separarme tan pronto de ella.

Nuestra conversación es fluida, estamos cómodos, eso se palpa. Ojalá ella me viese como algo más que un simple cámara que la acompaña durante cinco días a la semana.

—Si te soy sincera, no me siento contenta con lo que estoy haciendo en el programa —confiesa—. Y...

Se queda callada, parece compungida.

—¿Y qué?

Levanta la mirada.

—Y me duele saber que al final voy a decepcionarte.

La miro extrañado.

—¿A mí?

—S  —asegura—. De toda la gente del programa, me dolería más, que fueses t  quien acabase pensando mal de mí. El resto también, pero no de igual manera.

—¿Por qué habría de hacer eso?

Se muerde el labio inferior, y deseará lanzarme a por él.

—Porque no estoy buscando el amor —reconoce honesta—. Me siento una traidora, esos hombres no se merecen que yo...

Baja la cabeza y se queda callada.

Llevo mi mano a su barbilla, para que la levante.

—Mireia, cr eme, esos hombres tampoco están buscando el amor.

—¿No? —pregunta incrédula.

—La mayoría vienen para darse a conocer, les gusta mucho el mundo del famoso. En seis años que llevamos en antena, solo una pareja ha salido de verdad enamorada; los demás, a la semana ya estaban cada uno por un lado.

—¿De verdad?

—S  —aseguro—. No te preocupes, no podrías decepcionar a nadie.

—Los demás no me importan —aclara—. Pero no podría soportar decepcionarte a ti.

No me he dado cuenta de un detalle, he sido incapaz de apartar mi mano de su cara. Y ahora, sin control sobre mi persona, extendo la mano y acabo acariciándola.

—¿Por qué? —pregunto hipnotizado por sus ojos.

Ella inclina la cabeza para sentir mejor mi caricia.

—Porque creo que me he enamorado de ti —confiesa emocionada y con los ojos vidriosos—. Te va a parecer una locura —argumenta—, pero cada vez que tengo una cita con esos hombres, de alguna manera siento que te traiciono.

Se avergüenza por la confesión.

—Déjalo, olvida lo que he dicho.

¿Que lo olvide? Eso es pedirme un imposible.

—A mí me gustaría echar la cámara al suelo, agarrarte de la mano, sacarte de cada una de esas citas y besarte hasta morir.

Se queda paralizada.

—¿Entonces no son imaginaciones mías? —indaga en un hilo de voz—. ¿Existe esa conexión especial entre nosotros desde que nos conocimos?

Me acerco más a ella.

—Desde el mismo instante en que tu mano se unió a la mía.

Veo una sonrisa en su rostro.

—Y me estoy volviendo loco, Mireia —reconozco en voz alta—, porque no dejo de pensar en ti.

—No puedo seguir con el programa —sentencia—. El lunes diré que he conocido a alguien.

Me acaba de enamorar por completo. Otra aprovecharía más tiempo, me pediría que aguantase la farsa y seguir ganando el dinero.

—Mejor, porque ya no voy a poder evitar hacer esto —aseguro.

Pego mi boca a la suya, y una vez más, al igual que su mano encajaba a la perfección con la mía, nuestros labios parecen gemelos.

—Entonces sí hemos sido tocados por las flechas de cupido, ¿no?

Suelto una carcajada.

¡Dios, ya lo creo que sí!

Octubre

Mal comienzo

No me puedo creer que me haya dejado tirada. Llevo casi cuarenta minutos esperando a Marcelo, un amigo que conocí por internet hace tres años, y es la primera vez que vamos a vernos.

Un tipo se acerca a paso firme. Es alto, con barba mal cuidada y pelo largo despeinado.

—¿Eres Ana?

—Sí —respondo sin comprender de qué me conoce.

—Podías haber leído el cartel, ¿no crees? —me sermonea.

Me fijo en el cartel que lleva en la mano con mi nombre y apellido.

—¿Y tú quién eres?

Resopla, parece molesto.

—Un amigo de Marcelo.

Pongo los ojos en blanco. ¿Esto es una broma?

—¿Un amigo? —inquiero con sarcasmo. No sería la primera vez que alguien te hace creer que es de una manera y luego es otra.

Alarga el brazo, sujeta mi maleta y tira de ella, sin más.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

Se gira y me mira con sus ojos azul claro, atravesándome el alma.

—He perdido mucho tiempo por tu culpa, me están esperando —me informa—. Así que voy a llevarte a casa de Marcelo.

—¿A casa de Marcelo? Yo no he dicho que vaya a quedarme en su casa.

No me hace ni caso, continúa su camino sin atender mis palabras; me cuesta seguir su paso.

Llegamos al parking del aeropuerto y lanza la maleta de mala gana en el maletero. Cierra con fuerza y me quedo helada.

—¿A qué esperas? —me apremia para montar en el coche.

Abro la puerta trasera, meto mi segunda maleta de mano, y cierro. Con las prisas, *Don Barbas* no ha visto que llevo más equipaje.

Me meto en el coche y mientras arranca pregunto:

—¿De verdad Marcelo ha sido capaz de dejarme tirada?

—Ya ves que sí.

Su respuesta me cabrea. Me apoyo ladeada, con el cuerpo pegado a la puerta para mirarlo bien.

—¿Y a ti qué te pasa? Si no querías hacer de chófer no haber venido. Es más... —aclaro—. Casi mejor me quedo aquí.

Hago el amago de bajarme del vehículo, pero el barbudo acelera y se incorpora al tráfico con celeridad. ¡Sí tiene prisa, sí!

Se mete por una autopista, y yo cada vez estoy más cabreada. Esto parece un rapto.

—En cuanto lleguemos al centro de Roma, me bajo —le informo—. No sé qué te habrá dicho Marcelo, pero no entra en mis planes ir a su casa.

Ya lo creo que no, cuando le dije de quedar, en ningún momento le pedí hacer tal cosa. Tengo una casa

que heredé de mis abuelos, en pleno centro, algo que nunca le he comentado a Marcelo. Voy a montar aquí mi negocio, ya que junto a la casa, también heredé un local bien ubicado, en el que voy a montar mi peluquería.

He pasado cuatro años en Nueva York, trabajando sin parar; ahora toca regresar a casa y a ser posible, echar raíces.

Parece que va a responder, pero suena su móvil, y se conecta el manos libres.

—¡Flavio! —grita una mujer—. Llevo casi una hora esperándote. Ya no es necesario que vengas...

—Dana, ya estoy de camino...

—No hace falta, he llamado a Maximo —dice ella con voz ñoña—. ¡Ay, gracias! De no haberme dejado plantada, no lo hubiese llamado —se expresa con júbilo y le lanza un beso—. Pasa buen fin de semana. Y deséame suerte, si todo va bien Maximo y yo volveremos a estar juntos.

Sin dar tiempo a responder, cuelga.

Miro a Flavio, y noto que sus manos se aferran al volante con fuerza. Como no aprendo, pues no soy de estar callada, algo que siempre me dicen que debería cambiar, puesto que suelto por mi boca todo cuanto pienso, hablo.

—Aunque hubieses llegado a tiempo, ella deseaba estar con ese tal Maximo.

—¡Qué sabrás tú! —explota—. Todo esto es por tu culpa.

—¿Mía? De eso nada.

—Mejor cállate —me aconseja.

Cruzo los brazos y me niego a que me acusen de algo que no tengo nada que ver.

—La culpa es de Marcelo —sentencio—. Es él quien tenía que haber venido a recogerme al aeropuerto.

—La culpa es tuya por no leer los carteles.

—Menudo gilipollas —susurro, pero Flavio lo escucha.

Pega tal volantazo para meterse en un área de descanso, que de no llevar el cinturón puesto, hubiese salido disparada. Frena y me ordena.

—¡Fuera!

Lo miro con los ojos agrandados, ¿de verdad me va a dejar aquí tirada?

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Encima de desagradecida, tienes el valor de insultar —me reprende—. Sal de mi coche.

Me cabreo pero no voy a darle el gusto de verme suplicar. ¡Faltaría más! Bajo con gran dignidad, abro la puerta del maletero y saco la maleta que ha metido con tan malos modos.

Acelera de nuevo y me deja aquí.

Maldigo pero intento mantener la calma. Cuando hable con Marcelo me va a oír, si es que algún día da la cara después de esto. Cuando voy a sacar mi móvil me doy cuenta de que me lo he dejado en el salpicadero del coche, al igual que mi maleta de mano. ¡Joder, mi ropa interior va en esa maleta! Lo que me faltaba, ahora tendré que ir a comprarme bragas.

Un vehículo se acerca, nunca he hecho autostop pero voy a tener que rezar para que me lleven hasta Roma. Me da igual el punto en el que me dejen, con tal de estar dentro de la ciudad; después ya buscaré un taxi que me lleve hasta mi casa.

Llevo una hora en casa, una suerte que la mujer del coche que paró para descansar tuviese la amabilidad de llevarme.

Saco de la maleta mi portátil y lo enciendo, va siendo hora de decirle tres cositas a Marcelo.

Ana: ¡Eres un capullo! ¿Quién te has creído que eres? Si no querías conocerme en persona solo tenías que habérmelo dicho... Por cierto, tienes un amigo tan gilipollas como tú. ¡Tal para cual!

Para mi sorpresa, Marcelo responde con celeridad.

Marcelo: ¿Dónde estás? Flavio lleva una hora buscándote por todas partes. No tienes ni idea de lo alterado que está. Quiere movilizar a toda Roma para encontrarte.

Ana: Lo dudo. Solo quiero que me devuelva mi maleta y mi móvil.

Marcelo: ¿Que lo dudas? Me ha pedido una foto tuya para mandarla a la policía.

Ana: ¿Te crees que soy tonta? Ese tipo estará dando saltos de alegría por haberme dejado como a un perro abandonado.

Marcelo: ¿Dónde estás?

¿Decirle dónde estoy? Ni loca, ya he tenido bastante por hoy, demasiado confiada he sido.

Ana: Quedamos en Giolitti, a las ocho.

Me desconecto.

Suspiro.

Estoy enfadada, no era esto lo que esperaba. Pensaba que me iba a encontrar con una persona a la que he cogido mucho cariño. Ahora las voces de todos los que me decían: «No confíes en esas amistades, nunca sabes quién está al otro lado», no paran de rondarme por la cabeza.

Me duele porque en estos años, de verdad que pensé que nuestra amistad era sincera. Y no es lo que algunos piensan, no hablo de haberme enamorado; solo ha habido amistad. Por eso me duele más, creía que era un amigo especial.

Llego a Giolitti y veo a Marcelo, junto al barbudo, esperándome en la terraza.

Por un lado, siento alivio porque no me mintió, las fotos que había visto de él eran reales. Por otro lado, sigo enfadada, pero aliviada.

El barbudo, como un resorte, se pone en pie y viene directo como un rayo.

—¿Cómo se te ocurre marcharte de donde te dejé? —estalla, pero de golpe suelta aire y parece frustrado—. Podía haberte pasado cualquier cosa —pronuncia la última frase consternado.

Pestañeo, primero porque no esperaba esa reacción, y menos la segunda; por un momento he sentido lástima por él.

Marcelo llega hasta nosotros y se posiciona en el medio para romper el magnetismo de nuestras miradas.

—Lamento no haber podido ir a recogerte en persona —se disculpa—. Un cliente de última hora me retuvo en la oficina.

Incluso poniéndose en medio, soy incapaz de apartar la mirada de Flavio, que continúa penetrándome con la suya.

—Ya —digo, y por fin aparto la mirada del barbudo para prestar atención a Marcelo—. Pues ya estás aquí.

Marcelo sonrío y me abraza con cariño. Tres años esperando este momento, no voy a echarlos a perder por un incidente del que ya no podemos hacer nada.

—Vamos a tomar algo —sugiere Marcelo—. Tienes que contarme muchas cosas.

Flavio se aparta y me mira con vergüenza, tanta, que acaba bajando la mirada.

—Pero invita Flavio —digo burlona.

Marcelo se ríe.

Flavio levanta la cabeza y me mira agradecido.

—Faltaría más.

Pasamos horas hablando. ¡Cuánto agradezco que Marcelo no me haya defraudado! Ahora entiendo el cabreo que tenía Flavio. Dana es su hermana pequeña, hace dos meses rompió su relación con Máximo y por lo visto, últimamente está algo melancólica. No quería dejarla sola.

Al final parece un buen tipo. Las primeras impresiones engañan. Un mal día podemos tenerlo cualquiera.

Han pasado cuatro meses, durante los cuales he estado muy estresada, preparando todo para la apertura. Mañana será el gran día. Doy gracias a Dios por haberme puesto en el camino a Marcelo y a Flavio, pues han sido mi gran apoyo todo este tiempo.

Ahora estoy sentada justo delante de Flavio, que como cada día desde que nos vimos la primera vez en Giolitti, por las tardes a última hora quedamos para tomar algo, o para cenar. Se ha convertido en un gran amigo, en mi mano derecha, en mi confidente... No puedo explicar exactamente qué es lo que hay entre nosotros, soy incapaz de poder expresar lo que este barbudo me hace sentir. ¿Quién me iba a decir después de nuestro primer encuentro que se fuese a convertir en alguien tan especial para mí?

Me está mirando con intensidad.

—¿De quién te escondes detrás de esa barba y ese pelo tan mal cuidado? —pregunto directa.

Esta es la mejor parte de nuestra relación, con él puedo ser muy directa, adora que lo sea. Y si hago esta pregunta es porque llevo tiempo pensando en esto. Tiene un cuerpo atlético, sus horas de gimnasio lo confirman. Su ropa siempre está muy cuidada y se le ve coqueto, por eso no lo entiendo.

—Del mundo en general —confiesa.

Asiento con la cabeza.

Me acerco y cojo su mano, la que tiene apoyada en la mesa.

—Aun así, yo te he visto —aseguro.

Asiente con la cabeza, se inclina y me lleva un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Y qué has visto?

—Un hombre maravilloso.

Sonríe y su mano acaricia mi mejilla.

—¿Has visto eso a pesar de cómo te traté la primera vez que nos vimos? —pregunta apenado—. Si te hubiese pasado algo...

Le interrumpo.

—Pero has compensado aquello —digo sincera y noto su nerviosismo—. Aunque tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Ahora si te llamase gilipollas me volverías a dejar tirada?

Noto temblor en su mano, eso me agrada y me emociono, porque su respuesta la necesito. No sé cuándo, ni cómo me he enamorado del hombre que tengo delante. Pensar en perderlo me crea ansiedad.

—Ana, no sé si voy a poder responder a tu pregunta —responde y regresa a su posición, privándome de su caricia.

—¿Por qué?

—Responder la verdad puede asustarte.

—Aun así, lo preferiría a tu silencio.

Respira profundamente.

—Ahora mismo pensar en hacer algo que pueda alejarte de mí, sería mi mayor ruina —comenta fijando sus ojos en los míos—. Me he enamorado de ti.

Su sinceridad me llega al alma.

Noto su temor, piensa que su confesión puede cambiar nuestra buena relación.

¡Y tanto que la va a cambiar! Me pongo en pie.

Flavio hace una mueca, pensando que voy a salir de aquí.

Doy un paso y me siento encima de él.

—En ese caso —comunico con voz cariñosa—, mañana voy a cortarte el pelo y a afeitarte esa barba —le informo de mis próximos planes—. A partir de hoy no vas a esconderte más —aclaro—. Por lo menos de mí.

—¿En serio? —pregunta esperanzado.

—Ajá. Soy una gran profesional —bromeo—. No pueden ver a mi chico con estas pintas.

Se amplía su sonrisa.

—¿Tu chico?

—Sí, me guste o no —respondo sonriente—, me he enamorado de mi gilipollas favorito.

Y entonces su boca y la mía se unen.

Al apartarme le miro.

—No. Mañana no, nos vamos ahora mismo.

Flavio suelta una carcajada y me besa de nuevo con una intensidad que a ambos nos calienta por dentro.

—Está bien —me concede—. Yo tampoco quiero esconderme de mi chica. Lo creas o no, soy un tío muy guapo.

Ahora la que suelta una carcajada soy yo.

Me levanto y él me imita. Saca una fotografía de su cartera y me quedo helada. ¡Es guapísimo!

Ve mi reacción y se encoge de hombros.

—¡Nos vamos a quitarte esa barba, ya!

Salimos del local riéndonos, en dirección a mi peluquería.

—Bien, yo accedo a tus exigencias, pero tú también tendrás que hacer algo por mí.

Le miro intrigada.

—¿El qué?

Aguanta la risa y responde.

—Desfilar delante de mí con esas braguitas tan bonitas que te dejaste en mi coche.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza. Sabía que me faltaban algunas.

Flavio me rodea con su brazo por los hombros, y sé que estos brazos van a rodearme mucho tiempo, tanto como para echar raíces en Roma.

Noviembre

Segundas oportunidades

Miro a Marga con intensidad. Cada día es más costoso salir de esta casa. Y más cuando ella se empeña en despedirme en ropa interior.

—¿Seguro que esta semana no podemos quedar? —pregunta mimosa, rodeándome con sus brazos por el cuello.

—No, voy a estar fuera.

Hace un mohín dando a entender: ¡Qué fastidio!

La beso con fuerza y salgo de la casa.

En el ascensor me recrimino una y otra vez. Llevamos diez meses viéndonos, es hora de contarle la verdad. Sé que en un principio la noticia la enfadará; comprensible. Aunque una vez aclaradas las cosas, ya no tendré que estar mintiendo por más tiempo.

He conocido el amor junto a ella. Jamás pensé que esta sensación llenara y a la vez doliera tanto.

¡Soy un idiota! Esto ha llegado demasiado lejos.

Es viernes, ha pasado una semana y estoy junto a Pamela, aplaudiendo, en la exhibición de judo de Carlos y Félix, mis hijos de diez y ocho años.

Ha terminado la competición y los padres nos acercamos a felicitar a los niños.

—Papá, ven, le he dicho a mi monitora que tú fuiste cinturón negro —me apremia Carlos, para llevarme junto a su profesora.

La muchacha se da la vuelta y su sonrisa desaparece.

—Marga, este es mi padre, Ismael —nos presenta—. A mi madre ya la conoces.

Marga agranda los ojos, su mirada me atraviesa y siento decepción en su rostro.

Pamela se sitúa justo a nuestro lado.

—Marga, enhorabuena —la felicita—. Has hecho un gran trabajo.

Yo permanezco inmóvil.

Marga por fin reacciona, aunque su tono de voz delata que está cabreada.

—Gracias, si me disculpan...

Me hace a un lado con un brazo, de malos modos.

Pamela me mira.

—Qué raro, de normal es una chica muy amable y dicharachera.

—Serán los nervios de la competición —alego, para dejar este tema zanjado.

Mi hijo pequeño se me echa encima.

—¡Papi, vamos a casa a celebrarlo!

Lo subo a mis hombros y mientras nos dirigimos a la salida, busco a Marga por todas partes. Cuando la encuentro, ella me mira con desprecio y se da la vuelta.

A las diez de la noche, voy a casa de Marga, merece una aclaración. Sabía que esto acabaría explotándose en la cara de un momento a otro. ¡No debí permitir que llegara tan lejos!

Al abrir la puerta, hace el ademán de pegar un portazo. Me muevo con rapidez y paro el golpe de la

puerta con la mano.

—¡Fuera de mi casa! —grita—. ¿Cómo te atreves a venir de nuevo?

—Marga, por favor —suplico—. Deja que te explique.

—¿Explicarme? No hay nada que explicar, ¡eres un hombre casado! —explota—. Me has engañado todo este tiempo, ¿qué clase de mujer crees que soy?

Entiendo su arrebato.

—Sé la clase de mujer que eres —aseguro—. Por eso estoy aquí, para aclarar las cosas. No merecías que te ocultase que tengo dos hijos.

Se abre la puerta del vecino y Marga, de mala gana, me hace pasar dentro para que no nos escuchen.

Con brillo en los ojos, me mira de frente.

—¿Cómo has podido? —me recrimina.

—Al principio no pensé que lo nuestro fuese a llegar tan lejos —confieso la verdad—. Y a medida que ha ido pasando el tiempo me costaba más encontrar la forma de decírtelo.

Levanta la cabeza, inspira.

—Tenía la intuición de que escondías algo —asegura—. Tus viajes eran lo de menos, pero el que no pudiese llamarte por teléfono ya debió darme una pista. ¡Eres un desgraciado!

—Permite que te aclare la situación...

—¡Fuera! No quiero ninguna aclaración —sentencia—. Yo no salgo con hombres casados.

Entiendo su actitud, pero necesito aclarar muchas cosas. Por lo tanto, haciendo caso omiso a sus órdenes, hablo.

—He cometido varios errores en mi vida —explico—. El primero fue casarme con Pamela. Lo creas o no, lo único que nos une son nuestros dos hijos.

—Eso no es asunto mío.

—Fuimos unos inconscientes —aseguro—. Teníamos solo diecisiete años cuando se quedó embarazada. ¡Éramos unos críos!

Marga resopla y se deja caer en el sofá.

Yo permanezco en pie.

—Desde que nació nuestro segundo hijo, nuestra relación se deterioró —argumento—. Ese fue nuestro segundo error. Pensamos que un segundo hijo nos daría la estabilidad, que al ser buscado todo sería diferente.

Marga se aprieta el labio para no decirme lo majaderos que fuimos al pensar eso.

—Podrás imaginar, que todo fue a peor —alego—. Nuestro matrimonio estaba destinado al fracaso desde el principio —digo sin apartar la mirada de ella—. Mis hijos son lo único bueno que ha salido de ese matrimonio.

—Pero sigues casado —se pronuncia.

—Por mis hijos —sentencio—. Pamela es una buena mujer y una gran madre. Puede que como pareja hayamos sido un fracaso, pero como padres intentamos hacer lo mejor que podemos o sabemos.

Marga se pone en pie.

—Me parece perfecto, mientras no metáis en vuestras vidas a gente como yo —aduce—. Puedes ser el mejor padre del año, pero has sido un desgraciado a la hora de meterme en tu vida, sin contar si a mí me gustaría o no estar con un tipo casado...

La interrumpo.

—Convivimos en la misma casa, pero hacemos vidas separadas desde hace ocho años.

—¡Qué me importa a mí! Sois los dos unos egoístas —escupe las palabras con rabia—. No sé qué hace tu mujer con sus conquistas, ni quiero saberlo tampoco. Pero tú, has estado burlándote de mí durante diez meses sin ningún reparo.

—No es verdad...

—¡Cállate! —brama—. ¿Os divierte? Es eso lo que hacéis tú y tu mujer, ¿no? Contaros vuestras aventuras y reiros de los demás sin ningún reparo.

Me ofende que piense algo así. Comprendo su cabreo, pero sus acusaciones duelen.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí. Por eso vas a salir de mi casa y no volverás más en tu vida a verme —sentencia—. Te casaste siendo un inmaduro y después de diez años, en vez de aprender la lección, te conviertes en un egoísta desalmado.

—Marga, por favor, comprendo tu enfado.

—¡Qué vas a comprender tú! Solo veo ante mí a un hombre que vive una vida a escondidas. ¿Crees que eso beneficia a tus hijos? Aparentar ser la familia perfecta no es serla —dice tajante—. ¿Es eso lo que queréis? Pues adelante, seguid fingiendo ser el matrimonio perfecto. ¡Pero no metas a nadie por medio! Porque lo creas o no, yo también tengo sentimientos. ¡Con los que tú has jugado! ¿Y ahora qué, eh? ¿Debo comprender tu situación sentimental, mientras la mía la has destrozado?

—Lo único que te pido es comprensión —digo frustrado, pues esta situación no es fácil—. Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero he hablado con Pamela esta tarde y vamos a separarnos. Intentaremos hacerlo de la manera que menos perjudique a nuestros hijos.

—Me es indiferente...

Suspiro derrotado.

—Marga, he cometido muchos errores, pero por una vez quiero hacer las cosas bien. Tú eres la única por la que quiero dar este paso.

—No me pongas como excusa.

Asiento.

—Que fracase tu matrimonio no es agradable, por mucho que estuviese apocado al fracaso desde el principio —confieso—. Llevo muchos años pensando en si hubiese hecho esto o aquello, quizás no hubiésemos fracasado —explico algo que me carcome por dentro—. Cuando te conocí me di cuenta de que no importaba haber hecho ni una cosa ni otra, pues lo único que podría haber mantenido mi matrimonio a flote hubiese sido el amor, y eso nunca lo tuvimos Pamela y yo. El amor solo lo he conocido contigo.

A Marga se le empañan los ojos.

—El amor no son mentiras —aduce—. Ni tampoco engaños.

Asiento con la cabeza, tiene razón.

—¿Cómo voy a saber ahora si de verdad eres el hombre del que me había enamorado? —pregunta con lágrimas en los ojos.

Trago saliva, hasta ahora no lo había dicho en voz alta.

—Soy ese hombre, Marga —aseguro—. Dame la oportunidad de demostrarte que soy el hombre que mereces. El que te ama y sabe que te ha decepcionado —digo del tirón—. No soy perfecto. He cometido

muchos errores. No podré asegurar que en un futuro no te decepcione. Pero debes saber, que aparte de mis hijos, tú eres lo único que me importa en este mundo.

Marga permanece callada.

—Llevo ocho años sintiéndome un completo fracasado —se me quiebra la voz y sin poder impedirlo lloro delante de la única mujer que he amado—. Y podía llevar esa carga, o eso pensaba. Pero ahora, delante de ti, la idea de fracasar contigo, es más dolorosa y frustrante, porque te amo —confieso la verdad—. Pensé que a estas alturas solo me quedaba una aspiración: Ser un buen padre. Pero tú lo cambiaste, porque quiero ser un buen hombre a tu lado.

Pestañea ante la confesión.

—Marga —me limpio las lágrimas—. Nunca es tarde para aprender de los errores. Por favor, te lo suplico, dame la oportunidad de demostrarte que por amor puedo luchar para que nuestra relación triunfe. Solo contigo puedo y quiero intentarlo. Mi amor por ti es puro, por eso te lo suplico. Enséñame a ser un buen marido.

Ahora es ella la que se limpia las lágrimas.

Extiende sus brazos y cojo sus manos.

—Primera lección —enumera—. No más mentiras ni secretos.

—Te lo prometo.

—Segunda lección —dice—. Iremos paso a paso, no cometeremos el error de precipitarnos.

Asiento lentamente.

—Tercera lección —pronuncia con cariño y pega su frente a la mía—. Vas a demostrarme día a día cuánto me amas. Así veremos si te mereces que te dé la oportunidad de llegar a casarnos.

Y entonces la beso, para que sepa que estoy dispuesto a entregarle mi amor a partir de hoy sin reparos.

Algo me dice, que con sus lecciones, mi amor y su cariño, en el futuro tendré un matrimonio unido. Me está ofreciendo una segunda oportunidad y esta vez no voy a permitir que fracasemos pues tenemos lo más importante, el amor del uno por el otro.

Diciembre

Tras poner fin a las compras navideñas, mi hermana Rocío y yo vamos directas a una cafetería, donde hemos quedado con dos amigas suyas.

Estoy tomándome un chocolate con churros y escuchando la conversación que mantienen. No sé si yo me he quedado desfasada por llevarles doce años, o estas mujeres viven en un mundo paralelo al mío. ¿Por qué? Pues porque nada menos que están con una revista muy famosa, leyendo un artículo que según ellas: «Es la biblia de la mujer del siglo XXI».

Me están entrando calores, y no solo por las palabras que el artículo expresa en esas líneas. No, más bien por lo que estas tres mujeres están diciendo en voz alta. ¡Sin vergüenza alguna!

—¿Qué te pasa? —me pregunta Rocío, mi hermana.

—¿Qué me pasa? Que estoy alucinada —digo sin dejar de mirarlas a una y a otra—. Es que esto me lo cuentan y no me lo creo.

—¿El qué? —indaga Verónica, una de las amigas.

—Todo cuanto estáis diciendo —aseguro—. ¡Vosotras vivís en un mundo irreal!

Alejandra levanta las cejas y las tres se miran entre ellas, no comprenden mi arrebato.

—¿De verdad os creéis lo que pone en ese artículo?

—No solo es creerlo, es aceptar los consejos y seguirlos para encontrar al hombre perfecto —responde Verónica—. Y así llegar a conocer el amor verdadero.

Suelto una carcajada.

Los cuatro hombres que están en la mesa de al lado, se han girado al escuchar a Verónica.

—Llamadme rara —me mofo—. Pero yo no lo veo. ¿Seguir los consejos? ¿El hombre perfecto? —Suelto una carcajada—. Ay, madre, qué gracioso sois.

—¿No te parecen buenos los consejos? —pregunta mi hermana.

—Bueno, si lo que pretendes es quedarte soltera de por vida, sí —razono—. Ahí no dan consejos, directamente te ordenan.

Las tres se revuelven en el asiento.

—A ver... —intento dar una explicación coherente—. No voy a responder a todas las estupideces que han enumerado, voy a ir a las más alarmantes.

—A mí no me parecen estupideces —comenta Alejandra.

—Me parece perfecto. Dentro de veinte años, cuando sigas soltera por seguir esos consejos, me lo dices de nuevo.

—¿Cuáles son para ti las más alarmantes? —indaga Verónica.

No me puedo creer que estas mujeres con treinta años sigan al pie de la letra estas cosas. Este tipo de artículos los leíamos cuando teníamos quince años, ¡no treinta! Pero en fin, voy a dar mi opinión.

—«Si se olvida de tu cumpleaños, no estás en su lista de prioridades. No pierdas el tiempo, aléjate de él ¡Ya!» —Leo del artículo—. ¿De verdad dejarías a tu pareja por olvidarse de tu cumpleaños?

Alejandra va a responder pero levanto la mano, voy a nombrar otro de los puntos memorables de la revista.

—«En el momento que le salga barriga cervecera está comprobado que ya no le interesa gustarte. Pasa

de él y busca a otro de inmediato». —Leo del tirón y me aguanto la risa—. «En vuestro aniversario si solo te regala flores, está claro que nunca te llevará de viaje. Si eres aventurera sal corriendo en busca de alguien que sepa regalarte el mundo».

Bajo la revista y las miro.

—¿Qué coño es todo esto? —pregunto incrédula—. Es que se escapa de mis entendederas tantas tonterías, y más cuando os veo a vosotras, ¡joder, con treinta tacos leyendo estas chorradas!

—A mí tampoco me lo parecen —dice mi hermana—. Son consejos para que cuando conozcamos a alguien no perdamos el tiempo, es mejor estar alerta y salir corriendo antes de perder la oportunidad de encontrar a alguien a fin a ti. Es complicado encontrar el amor verdadero.

—¿El amor verdadero?! —grito—. No tenéis ni idea de lo que es el amor verdadero.

No me he dado cuenta, pero las mesas de alrededor nos están mirando; de hecho, un chico que hay en la que está justo a nuestro lado, me sorprende.

—Por favor, cuéntenos cuál es.

Mi hermana se sonroja al ver la expectación que he provocado.

No me amilano, estoy tan alterada que allá voy.

—El amor verdadero se encuentra cuando la persona que está a tu lado, acepta tus errores y tus múltiples defectos. Cuando llegas a casa cansada y sabes que no estará el chico de las novelas, ese que te hace el amor a todas horas... No, te espera el hombre que cansado como tú, comparte las tareas —digo sin tomar aire—. El que se levanta dos horas antes que tú e intenta no hacer ruido para que tú descanses más antes de irte a trabajar. Cuando después de veinte años, has tenido miles de discusiones al igual que reconciliaciones, en las que unas veces cede él y otras cedés tú. Porque así es el día a día en el mundo real.

Una señora más mayor se acerca para escuchar mejor.

—Da igual que se olvide tu cumpleaños, no importa que tenga barriga. ¡Todos engordamos! —aludo al artículo—. No te llevará de viaje, porque como mucho podrá comprarte un ramo.

La vieja toma asiento al lado de mi hermana, en nuestra mesa.

—Hay palabras que desaparecerán casi por completo de tu vocabulario —aseguro—. Te quiero y te amo, después de veinte años no son necesarias escucharlas. ¡Los actos hablan a diario! Esos son los que te las dicen sin tener que pronunciarlo.

—Qué gran verdad —susurra la señora mayor.

—El amor verdadero es cuando llegan tus hijos, y sin pronunciar las palabras, sabes que te aman, lo ves en sus gestos, en sus actos... Y cuando discutes con tu pareja por defenderlos a ellos, lo haréis en privado; porque incluso enfadados, miraréis por ellos.

—Con hijos siempre hay más discusiones —se pronuncia una mujer que está justo detrás de nosotras.

—Y por eso me ofenden estas revistas. —La levanto con una mano—. ¿Qué hablan del amor verdadero?

Mi hermana y sus amigas se miran avergonzadas.

—No sabemos valorar lo que tenemos —digo casi en un hilo de voz—. Esperamos encontrar protagonistas de novelas, o personajes de películas, sin darnos cuenta de que tenemos a nuestro lado a la persona que te ofrece la felicidad sin necesidad de ser un héroe o un millonario.

La vieja alarga la mano y aprieta la mía, asintiendo con la cabeza.

—El amor verdadero es el que permanecerá a tu lado en las malas y en la peores —aseguro—. El que

te cogerá de la mano cuando estés enferma y te acompañará durante todo el proceso. El que pasará penurias cuando las vacas flojas lleguen, pero que en ningún momento te dará de lado —Inspiro con fuerza—. Eso es el amor verdadero.

Me quedo por un momento callada.

La vieja y la señora que tengo detrás se pronuncian.

—Eso es —asegura la más mayor—. A las buenas están todos, cuando eres joven todo parece nuevo y romántico. A las malas solo el que te ama se queda a tu lado.

—Es cierto que no sabemos valorar lo que tenemos —comenta la señora de atrás—. Un abrazo en ocasiones es más valioso que cualquier regalo.

Asiento con la cabeza.

El chico que me había invitado a pronunciarme, me sonrío. Luego mira a mi hermana con descaro. Se pone en pie y sus tres amigos lo miran. Se acerca a nosotras y se presenta, o más bien se dirige directamente a Rocío.

—Hola, me llamo Nacho —saluda—. Por cierto, soy afortunado, no tengo tendencia a engordar.

Rocío se sonroja y los amigos se carcajean.

La anciana me mira y me susurra.

—Esta juventud, cada día me sorprende más.

Acabo riéndome.

La señora que estaba atrás regresa a su asiento.

Los amigos de Nacho acercan su mesa a la nuestra, parece que una vez presentado Nacho, hacen lo propio sus amigos.

Yo miro mi reloj y decido marcharme, quién sabe si entre estos cuatro chicos, alguno acaba siendo el amor verdadero de mi hermana o sus amigas.

Al llegar a casa, saludo a los tres hombres de mi vida: mi marido y mis dos hijos.

Óscar me da un beso.

Gustavo, mi hijo de quince años, me saluda con la cabeza.

Gonzalo, mi hijo de trece, se pronuncia.

—Te estábamos esperando, vamos a pedir pizza.

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Muy bien —respondo—. Voy a ducharme mientras.

Me alejo al cuarto de baño y les escucho.

—No la pidas de barbacoa, a la mamá no le gusta —le recuerda Gustavo a su hermano.

—Ya lo sé, por eso las voy a pedir de tres quesos y carbonara.

Entro en la ducha y sonrío. Eso es amor verdadero, cuando miran por ti.

Justo cuando salgo y me acerco a la cocina, donde están los tres preparándolo todo, llega el repartidor.

—Mañana mis amigos han dicho de quedar para ir de fiesta después de cenar —comenta Gustavo.

Óscar lo mira con rapidez.

—Mañana no vas a salir —asegura—. Te hemos dado permiso para la fiesta de fin de año. Mañana cenarás en casa con toda la familia. Tus abuelos, tíos y primos estarán aquí como todos los años.

Gustavo está en una edad conflictiva, últimamente tenemos bastantes discusiones con él. Es lo malo de

la edad del pavo, se creen ya hombres hechos y derechos, y todavía les queda mucho por aprender. Para empezar, que todavía no es mayor de edad y nosotros decidimos cuándo puede o no salir de fiesta.

—¡Mamá! —exclama, buscando una aliada—. No me parece justo.

Lo comprendo, yo también he tenido su edad. Pero no voy a corregir a Óscar, y menos delante de mi hijo, quitándole autoridad.

Apoyo las manos en la encimera de la cocina, le miro a él directamente y me pongo seria.

—¿Quieres que te diga todas las cosas que no me parecen justas a mí?

Óscar sonrío de medio lado.

—Madre mía, Gus, la que acabas de liar —comenta Óscar, intentando hacer broma y olvidarnos de la petición de mi hijo.

—No, no, no es necesario. Déjalo —argumenta Gustavo.

Gonzalo entra con las pizzas.

—Mamá, ahora no —me suplica—. Vamos a cenar. Además, va a empezar la serie y hoy es el último capítulo de la temporada.

Mi marido y Gustavo asienten con rapidez y sacan los vasos y la bebida al comedor, donde cenaremos delante de la televisión para ver la serie que seguimos desde hace tiempo.

Escucho cómo por lo bajito, Gustavo le dice a su padre con camaradería.

—Nos hemos salvado por los pelos.

Mi marido suelta un carcajada.

Y yo inspiro fuerte, agradecida a la vida. Hoy sé que ha sido un día bueno, pues escucho las risas de los míos.

—Un segundo, que tengo que ir al baño primero.

Desde el pasillo escucho a Óscar.

—Ponlo a grabar, si no se perderá el principio.

—¿Te imaginas a nuestra madre de presidenta del gobierno? —bromea Gustavo, aludiendo a la serie que vamos a ver.

Los tres se ríen.

—Buaahhh... Mamá los ponía firmes a todos —se mofa Gonzalo entre risas—. Se acababan las guerras en el mundo. Solo por no escuchar sus sermones, firmarían los acuerdos de paz.

Continúan riéndose.

—Papá, eres un bendito —comenta muerto de risa Gonzalo.

—Sí, sí, en las puertas del cielo está grabado mi nombre.

Más risas.

Yo feliz.

—Se le va a enfriar la pizza —se queja Gustavo—. Si tarda más de dos minutos la ponemos en el horno un rato.

Y esta es otra muestra más de amor. A ellos les da igual comerla fría, es a mí a quien le gusta la comida caliente.

Me acerco y cuando me ven aguantan la risa, por lo que han comentado hace un rato.

—Oye mamá, por favor —me suplica Gonzalo—. Hoy no hagas comentarios. Es el último capítulo, no

queremos que nos destripes el final.

—Yo no destripo nada, simplemente adivino lo que va a pasar.

—Vale, pues hoy no adivines nada.

Los tres se miran cuando me encojo de hombros, bien saben que eso es algo que no va a pasar. Y en parte sé que desean que no suceda, pues es así como me quieren.

Y mientras cenamos y reímos, sé que soy una mujer afortunada, tengo a mi lado a mi familia. ¿Qué importa si no pronuncian las palabras deseadas? Cuando se ama a alguien sobran las palabras, tan solo cuentan sus actos. Y aquí unidos, sé que me están diciendo te amo.

Agradecimientos

En esta ocasión a mis panteras: Noemi Garcia Sanchez, Marypaz Aguilar Roldan, Rocío Gómez Fernández, Desiré García, Norma Blanco Romero, Mati Marco, Cuchumaria Gs, Mercè Martín Castel, Mila Sanchez, Beatriz Herrera de Lopez, Maria Esther Caceres Aguilar, Virginia Becerra Macias, Lizbeth Gutierrez, Luana Velasco, Grizeldy Centurion y Gaby Rodriguez Crucitta. Por vuestro cariño y apoyo.

Y a todos los que me han dado una oportunidad. Sin excepción, mil gracias a todos.

Table of Contents

[Enero](#)
[Febrero](#)
[Marzo](#)
[Abril](#)
[Mayo](#)
[Junio](#)
[Julio](#)
[Agosto](#)
[Septiembre](#)
[Octubre](#)
[Noviembre](#)
[Diciembre](#)